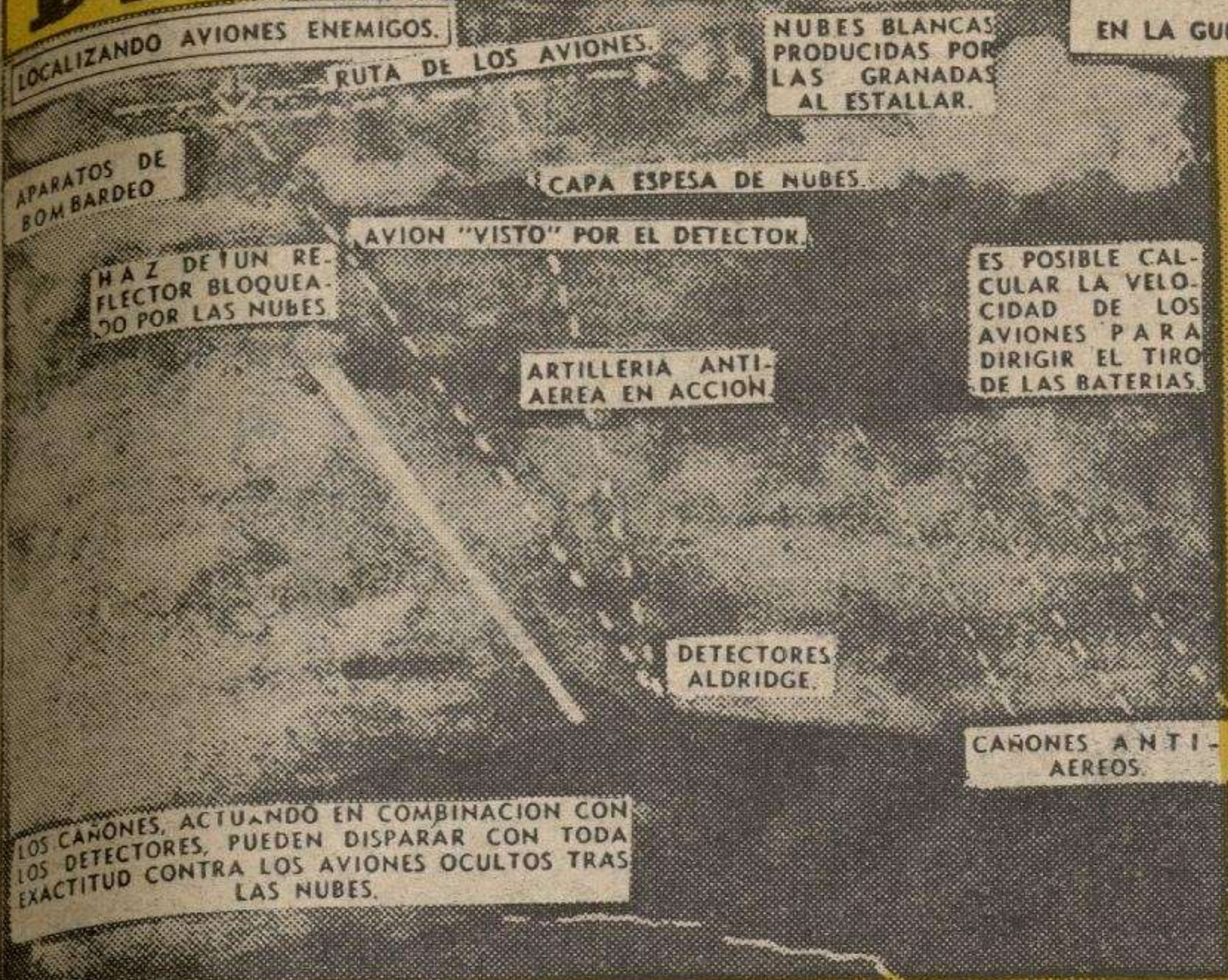


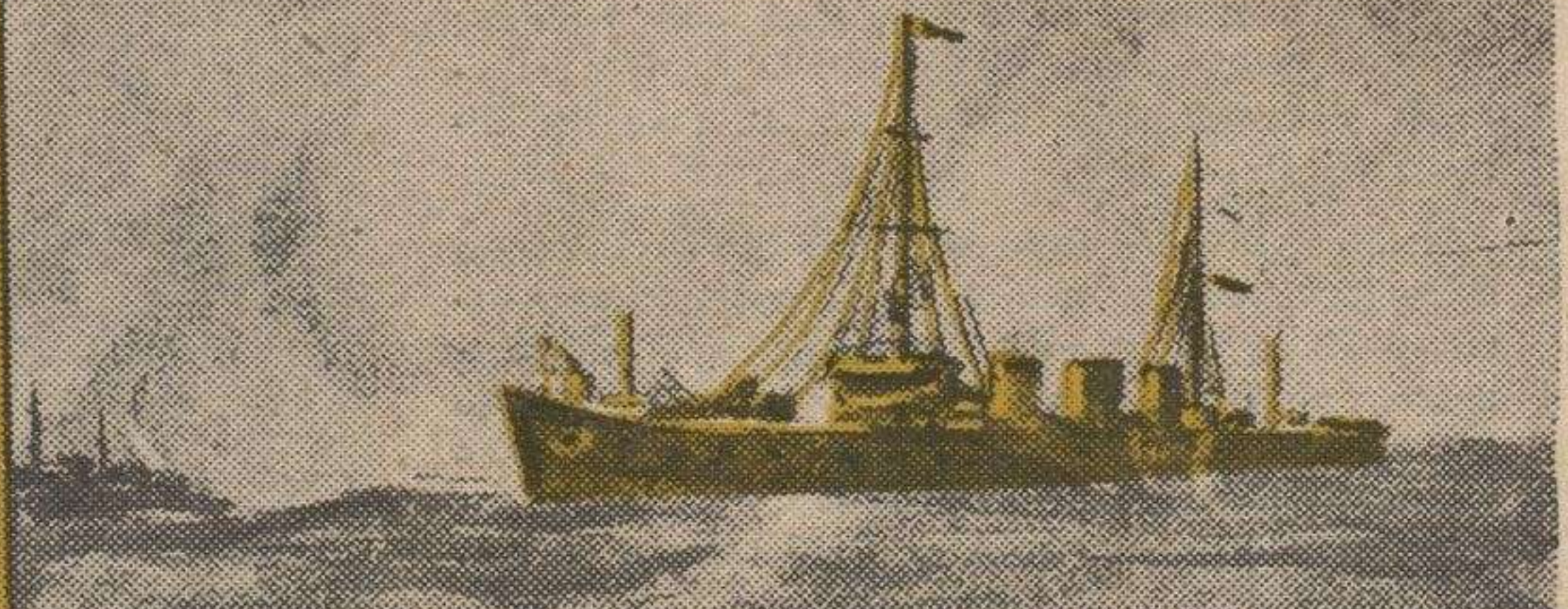
DIARIO DE LA MARINA

Decano de la Prensa de Cuba



LA HABANA, DOMINGO, 14 de Enero de 1940.

EN LA GUERRA NAVAL, EL DETECTOR PUEDE UTILIZARSE PARA COMUNICACIONES ENTRE LAS ESCUADRAS DURANTE LA NOCHE O PARA LOCALIZAR UN BUQUE TRAS LA CORTINA DE HUMO QUE LO OCULTA

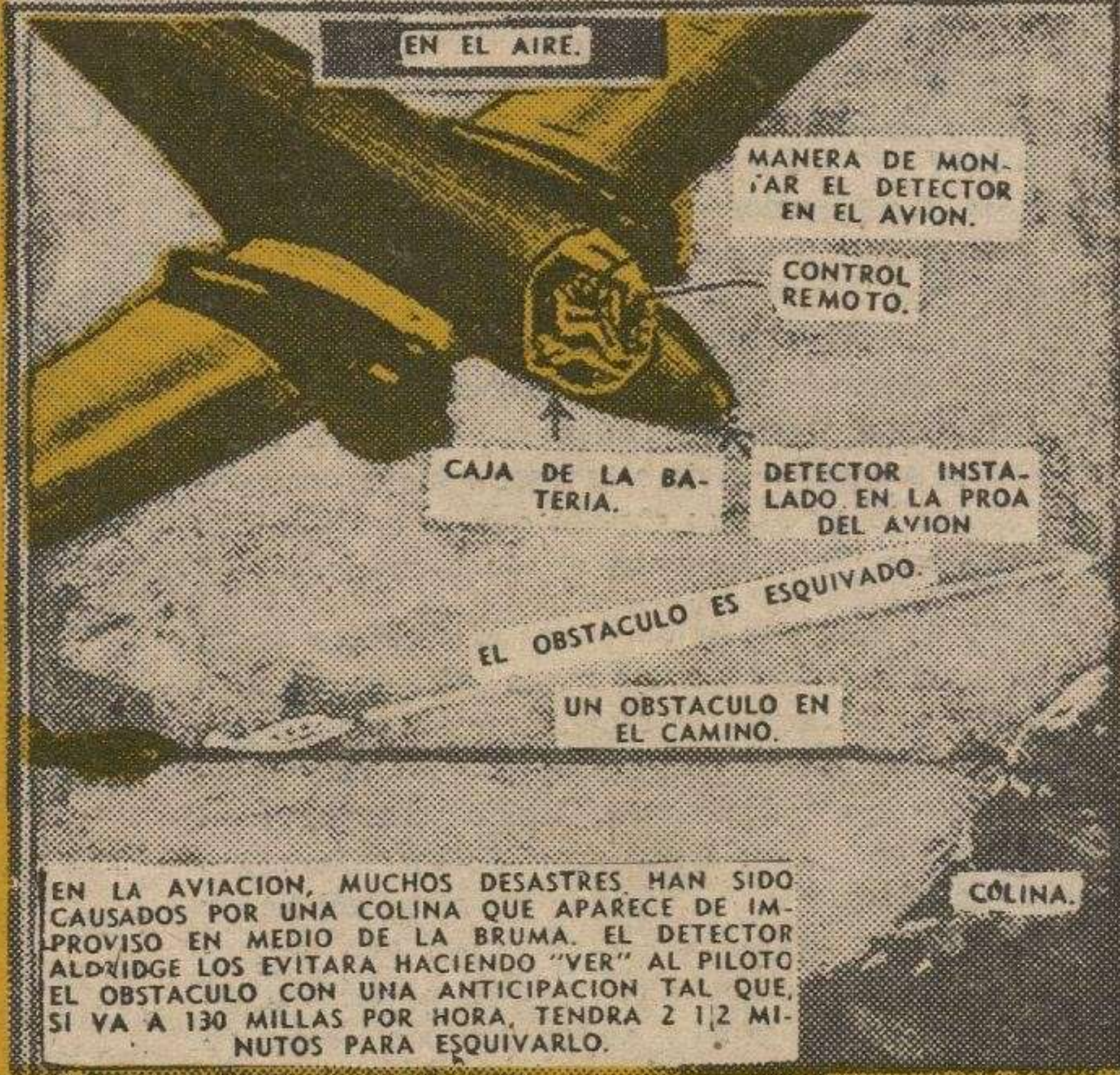


La CIENCIA y la



TELEVISOR

Sección dominical
Literatura-Amenidades
Reportajes-Colaboraciones
exclusivas de Europa y América



ESCALA REPRESENTANDO 20.000 UNIDADES ANGSTROM. EL ANGSTROM ES LA UNIDAD EMPLEADA PARA MEDIR EL LARGO DE ONDA.



LAS FOTOGRAFIAS CON RAYOS INFRARROJOS SON TOMADAS EN ESTE PUNTO DE LA ESCALA.

LA PORCION DE SOMBRA ILUMINADA REPRESENTA AQUELLA PARTE DEL ESPECTRO VISIBLE PARA EL OJO HUMANO. EN SEGUIDA VIENE LA ZONA DE LOS RAYOS INFRARROJOS, IMPENETRABLE PARA LAS ONDAS LUMINOSAS COMUNES, Y CON AYUDA DE LOS CUALES Y USANDO PLACAS Y FILTROS ESPECIALES ES POSIBLE OBTENER FOTOGRAFIAS DE OBJETOS A GRAN DISTANCIA U OCULTOS POR LA NIEBLA. AVANZANDO AUN MAS EN LA ESCALA DEL ESPECTRO, ENTRAMOS EN LA ZONA DE LOS RAYOS QUE, CAPTADOS POR EL DETECTOR, PERMITEN "VER" LOS OBJETOS EN LA NOCHE O A TRAVES DE LA NIEBLA Y LAS NUBES.

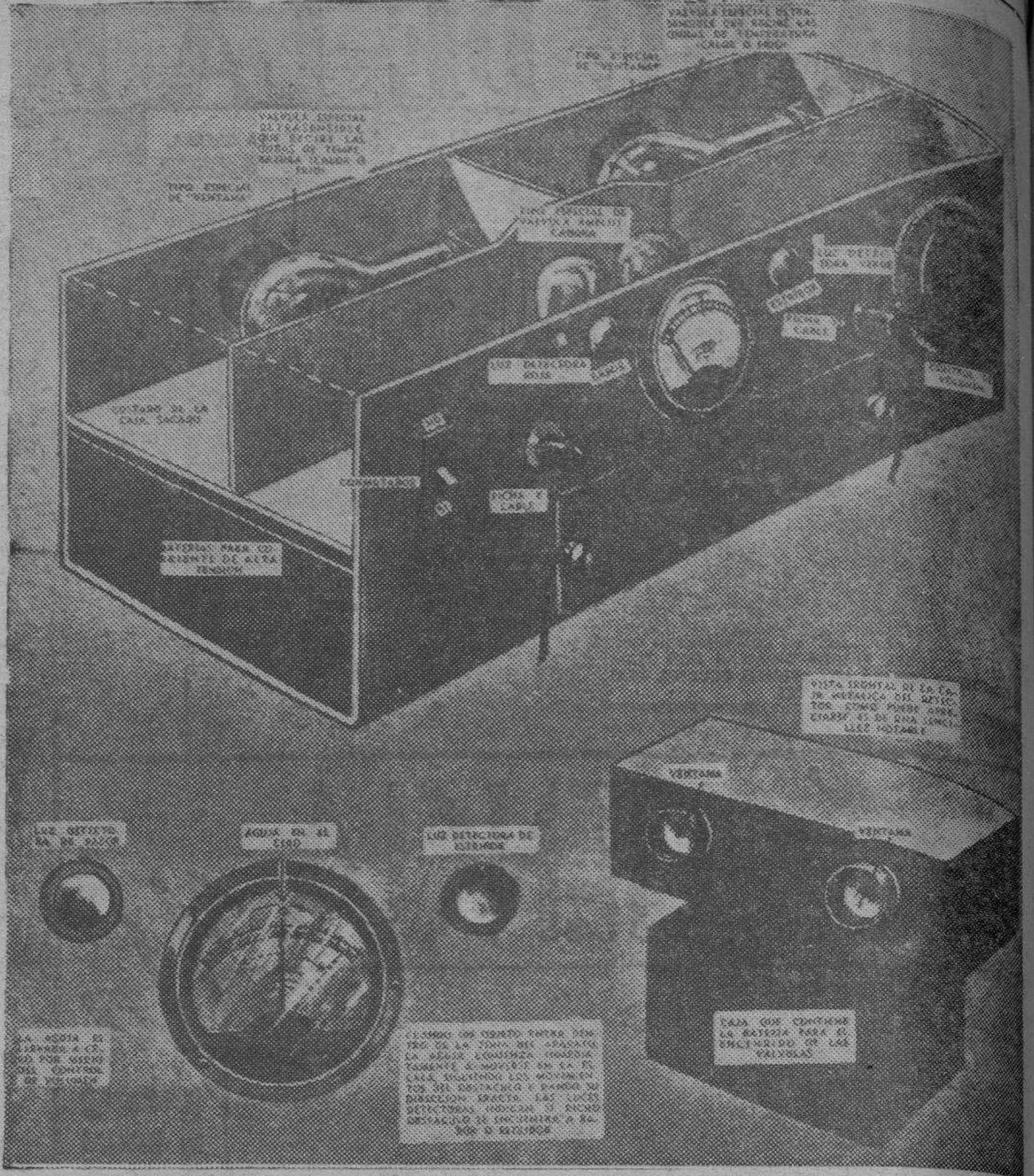
La naturaleza ha dotado a las especies animales de los órganos necesarios para su subsistencia en el medio ambiente en que viven, y es curioso comprobar que, a este respecto, muchas especies inferiores se encuentran en mejores condiciones que el ser humano, poseyendo órganos de una sensibilidad asombrosa, que les permiten captar sensaciones desconocidas para el hombre. Así, para no mencionar más que dos ejemplos, hay un gorgojo que puede averiguar, por quién sabe qué sentido, y sin que ninguna señal exterior lo delate, si el grano de trigo donde va a evacuar tiene ya en su interior el minúsculo huevecito de la hembra; y cierta clase de himenópteros es capaz ¡oh maravilla!, de determinar a voluntad el sexo del insecto en el huevo que va a poner.

Muchas veces los órganos se han ido modificando como una consecuencia de la lucha por la existencia, o al verse obligados los animales a trasladarse a otras regiones del planeta; pero en el caso del ser humano, especie animal que ha superado todos los cálculos de la naturaleza, el enorme impulso dado a las ciencias, y sobre todo, a la mecánica, valiéndose de ese estupendo instrumento que es el cerebro, ha hecho que, llegado un momento, los sentidos naturales le fueran insuficientes al no poder amoldarse a tal progreso—o no poder evolucionar con la rapidez en que avanzan las ciencias—, ya que la naturaleza no hace sus cambios sino a través de muchos siglos y ha tenido que abordar el problema de reemplazarlos por aparatos que suplan su incapacidad. La vista, por ejemplo—el más maravilloso de los sentidos del hombre—de nada sirve cuando hay que volar en la noche o en medio de una intensa niebla.

En la mayoría de los casos se ha suplido esa incapacidad mediante inventos que aumentan considerablemente las condiciones naturales de recepción de los sentidos; pero en otros ha ido mucho más allá del campo de posibilidades de su organismo. Uno de los últimos descubrimientos, que corresponden a la clase de los aparatos que van más allá de las posibilidades de los sentidos, es el llamado detector Aldridge, con cuya ayuda es posible «ver» en la noche o a través de la niebla y de las nubes, cualidad que por sí sola da una idea del enorme campo de acción del aparato. Su mecanismo, muy sencillo, pero de una eficacia notable, actúa bajo la acción de cierta clase de ondas de la misteriosa naturaleza que las de la luz. Según las últimas investigaciones científicas, la luz es la excitación producida en la retina por las radiaciones propias o reflejas de los cuerpos; radiaciones que no son otra cosa que ondulaciones esféricas del éter, con movimientos de vaivén, comprendidas dentro de cierto largo de ondas del espectro. Estas ondas no son capaces de atravesar los cuerpos opacos, y, por lo tanto, los objetos que se ocultan tras de ellos son invisibles para el ojo humano.

Cerca de esta banda de ondas el espectro acusa otra, que corresponde a los rayos infra-rojos, cuyo poder de penetración es mucho mayor, siendo posible, con su ayuda, fotografiar objetos muy lejanos o envueltos en la niebla. A esto se atribuye ya un ensayo de éxito: la entrada de un submarino en Capa Flow. Por debajo de esas radiaciones y cerca también de la banda de ondas que corresponde al sonido, ondulaciones de la naturaleza de la luz, pero más grises, se encuentran otras, de origen calórico, producidas por el intercambio de temperatura (calor o frío) de los cuerpos con el medio ambiente. El detector Aldridge se basa precisamente en esta propiedad de los cuerpos de emitir ondas calóricas, las que capta a través de «ventanas» especiales, valiéndose de dos válvulas ultrasensibles. Otras dos válvulas amplificadoras, incluidas en el circuito, encienden focos a cada lado del amperímetro, cuya aguja señala, con sus movimientos y posición, la presencia y dirección del obstáculo.

La importancia de este descubrimiento es enorme por sus múltiples aplicaciones en la tierra, en el mar y en el aire. Desastres ferroviarios producidos por la niebla; naufragios, como el del fa-



CON EL CONCURSO DE ESTE MARAVILLOSO APARATO SE SALVARAN MUCHAS VIDAS, AL EVITARSE ACCIDENTES COMO EL DEL "TITANIC"; PERO SE PERDERAN OTRAS MUCHAS, PORQUE NI LAS CORTINAS DE HUMO NI LAS NUBES PONDRAN A LAS ESCUADRAS NAVALES O AEREAS A SALVO DE LOS CAÑONES ENEMIGOS

LA CIENCIA y LA GUERRA

moso «Titanic», que chocó contra un «iceberg» en su viaje inaugural, partiéndose por la mitad y causando numerosas víctimas, o accidentes aéreos, como los de aviones que se estrellan contra una montaña aparecida de improviso en medio de la bruma, podrán ser evitados con el empleo del detector. En la guerra—¿por qué no decirlo?—se utiliza para localizar una escuadra enemiga invisible en la noche u oculta por una cortina de humo y para descubrir los aviones de bombardeo enemigos que atacan protegidos por las nubes. En la lucha contra los submarinos presta, sin duda, servicios similares a los del «buscador ultra-sonoro», con la diferencia de que el terrible escualo de acero puede ser «visto» y fácilmente diferenciado de los cascos hundidos, debido a la gran cantidad de ondas calóricas emitidas, ya que sus máquinas desarrollan una apreciable temperatura, mientras que, por el contrario, el casco hundido se ha identificado, para los

fines del detector, con la temperatura del medio ambiente. Es casi seguro que los submarinos emplean, a su vez, para evitar el uso del periscopio, cuya estela es una evidencia demasiado pesada en determinadas circunstancias. Prueba de ello es la tan comentada hazaña llevada a cabo hace pocos días por el comandante de una de esas naves en la bahía de Scapa Flow, y que costó a Inglaterra uno de sus más poderosos acorazados. Aparatos de esta clase, con los cuales el hombre va reemplazando poco a poco sus sentidos, se inventan todos los días. ¿Llegará un momento en que éstos se atrofien por falta de uso? Imposible negarlo, pero, de todos modos, la época está tan lejana que no vale la pena preocuparse. En cambio, es lamentable pensar que cada nuevo descubrimiento científico sea usado, tanto para el progreso de la humanidad durante la paz, como para la mutua destrucción durante la guerra.

masas y los líderes bolcheviques se niegan a aceptar la capitulación que Alemania impone.
¡Antes la guerra! A Trotsky mismo le repugna

El capitán que quiso pasear a LENIN en CALZONCILLOS



La esposa del militar cuenta cómo le dió muerte la cheka-Complots, revoluciones, agitación en el "paraiso" Soviético

UNA artista acaba de referir a una revista londinense distintas peripecias que le ocurrieron en Moscú. Aunque se trata de acontecimientos un poco lejanos, tiene el relato indiscutible interés. El periodista insistió en que ofreciera su nombre, pues ello contribuiría a su popularidad—de que son siempre tan celosas las artistas—, pero el temor la obligó a guardar el incógnito, replicando, a guisa de explicación:

—Mi nombre de familia y mi historia nada importan. No es con la señora, que yo fui, con la que viene usted a hablar, sino con la viuda del capitán inglés Sidney Reilly, muerto por los verdugos de la Cheka.

—¿De qué lo acusaban los bolcheviques?

—De haber intentado pasear a Lenin sin pantalones por las calles de Moscú.

TROTSKY SE ENFADA

Si creemos a los historiadores, a Sidney George Reilly, que para el público era oficial de la Real Aviación Británica, y privadamente era el agente S. T. I. del Servicio de Inteligencia (el espionaje inglés), tenían los Soviets una rabia loca, entre

Entre las escenas revolucionarias de Moscú figuraron (arriba y abajo) los asaltos a los templos y la destrucción de obras de arte.

otras cosas por el hecho de haber intentado pasear a Lenin en calzoncillos por las calles de Moscú.

Había sido enviado a Rusia por el Servicio de Inteligencia inglés para evitar que los rusos firmaran la paz separada con los alemanes. Durante el Gobierno de Kerenski consigue evitarlo; pero al llegar al Poder los bolcheviques, se apresuran a pedir un armisticio a los imperios centrales. Al generalísimo ruso que se resiste a transmitir la petición le linchan las tropas. Por fin, se entablan las negociaciones de paz. Reilly las entorpece todo lo que puede. Valiéndose de los socialistas revolucionarios, que son adversarios de los bolcheviques, logra crear una viva agitación contra las exigencias alemanas, excesivas y humillantes. Hasta las

firmar el tratado de Brest-Litowsk. Pero Lenin está resuelto a que se haga la paz, cueste lo que cueste, y después de una ruptura de las negociaciones y un nuevo y fulminante avance alemán, los comunistas se resignan a aceptar la dura ley del vencedor.

Entonces, Reilly y otro compañero del servicio secreto inglés, el capitán Hill, se lanzan a luchar en la sombra contra los bolcheviques. Arman bandas de insurrectos, provocan motines y algaradas, vuelan fábricas y puentes, depósitos de municiones, transmiten informes al Estado Mayor inglés. Para llevar con más rapidez las noticias a sus jefes, el capitán Hill tiene la audacia de presentarse a Trotsky en persona para pedirle, con un pretexto, naturalmente, que le facilite un tren especial

Trotsky ventea los designios de su interlocutor.



Radek, que cayó en desgracia y se halla preso desde hace tiempo.

—Usted —le dice friamente— lo que quiere es escaparse.

—Le doy mi palabra de honor de que vuelvo— le asegura el capitán Hill.

Trotsky se echa a reír.

—Los Soviets me han concedido ya varios salvoconductos, y nunca he hecho mal uso de ellos— exclama Hill, sinceramente sorprendido de que se

dude así de la palabra de un oficial de su graciosa majestad. —Mírelos usted.

Y se los tiende a Trotsky.

El generalísimo rojo los coge y los rasga.

—Todo eso se ha acabado—declara mirando a la cara al oficial.

—¡Gracias!—gruñe Hill.

Y se va dando un portazo.

Al poco rato, los confidentes que tienen en la Cheka avisan a los agentes ingleses de que Trotsky ha dado la orden de apresarlos.

«UN HOMBRE AL QUE SE HA EXHIBIDO EN CALZONCILLOS NO PUEDE SER DICTADOR»

No pueden detenerlos, y Sidney Reilly organiza la sublevación de los socialistas revolucionarios que, mandados por el terrorista y ex ministro de la Guerra de Kerenski, Boris Savinkof, se levantan en armas contra los Soviets.

La insurrección fracasa. Entonces, Sidney Reilly, por medio del coronel Berzin, arregla otro levantamiento: el de los regimientos letones. Los regimientos letones eran la tropa de confianza de los jefes bolcheviques. A los letones recurrían para sofocar los motines; a los letones llevaban como fuerza de choque en la guerra civil; los letones servían de policías en la Cheka, y de carceleros y hasta de verdugos.

Reilly insinúa sus agentes entre los letones. ¿Por qué sirven tan ciegamente a un país que no es el suyo? ¿Qué tiene que ver Rusia con Letonia? Además, ellos no son comunistas, ni sienten simpatía por el comunismo. ¿No es estúpido que se denjen emplear por Lenin como carne de cañón? Inglaterra no los trataría así, y les pagaría más. Cuando los tiene convencidos, traza su plan de golpe de Estado. Un día, mientras Lenin, Trotsky y todos los demás miembros del Comité ejecutivo bolchevique estén celebrando sesión en el Kremlin, los apresará, dará inmediatamente el Poder a un Gobierno provisional socialista revolucionario y se convocará la Asamblea Constituyente que los bolcheviques disolvieron.

Reilly no piensa matar a los líderes comunistas: se contentará con meterlos en cárcel, después de pasearlos en calzoncillos por la ciudad.

—Lo que nos hace falta—le confía a un amigo—es ponerlos en ridículo. Un hombre al que se ha exhibido por las calles sin pantalones no puede volver a ser dictador. Así que fusilarlo es superfluo.

Los sueños de Reilly no habían de realizarse: una confidencia descubrió la conspiración a los líderes soviéticos. Pero, a pesar de eso, no escaparon del todo a los conjurados. Una muchacha socialista revolucionaria, Dora Kaplan, le atraviesa a Lenin un pulmón de un tiro cuando pronunciaba un discurso en una fábrica de Moscú. El mismo día, otro socialista revolucionario mataba en Petrogrado al jefe de la Cheka, Uritzki.

Los bolcheviques replicaron ferozmente. Ejecutan a Dora Kaplan y al otro terrorista, por supuesto. Pero además cogen a quinientos personajes del régimen zarista en Moscú y a otros quinientos en Petrogrado y los fusilan. Eran políticos, escritores militares, negociantes, magistrados, artistas, personas de distintos partidos y de diferentes medios sociales, que no tenían la menor relación con los atentados.

Pero los bolcheviques no se molestaron en tratar de probárselo, porque no los mataban para castigarlos, sino para intimidar a todos los posibles conspiradores.

Sidney Reilly consigue escapar a la matanza. Poco después está en Inglaterra.

EL CABALLERO DE LAS ORQUIDEAS

—Era en el verano de 1924—me cuenta la señora. —Yo bailaba en el Piccadilly-Theater. Bailaba y cantaba una canción que decía:

Al final de la calle oscura, brillaba la luna;
tu me diste la mano y me dijiste: «Adiós».

Te hundiste en las sombras, y me quedé sola...

El público me ovacionaba. Hasta había espectadores que, rasgo extraordinario en ingleses, se ponían de pie para aclamarme. Sin embargo, yo no miraba sino a un hombre que estaba sentado quieto, sin aplaudir siquiera, en una butaca, allá en un rincón. Era un tipo que me intrigaba. Físicamente

Lenin, y (abajo): el «generalísimo» Trozki, que con otros de los actuales bolcheviques firmaron con los alemanes el famoso tratado de Brest-Litowski poniendo fin a la guerra, dando la espalda a los aliados.



Uritzki, jefe de la Cheka y que ordenó la muerte del capitán Reilly.

no parecía inglés; era moreno, de ojos brillantes. Su actitud, en cambio, sí que era inglesa: permanecía, durante todo el espectáculo, inmóvil, rígido, frío, sin dar la menor muestra de interés por lo que pasaba en el escenario. Y sin embargo, le debía interesar, porque todas las noches, todas, estaba allí, sentado en su butaca, desde antes de que empezara la función hasta que el telón caía... ¿Quién sería aquel hombre y a qué iba a vernos si no le importábamos? Me preguntaba yo esto y, a fuerza de preguntármelo, acabó por preocuparme el hombre aquel.

Al final de la calle oscura, brillaba la luna;
tu me diste la mano y me dijiste: «Adiós».

Te hundiste en las sombras, y me quedé sola. Cantaba ya algunas veces para él, casi siempre quedándome a él solo.

Y él me contemplaba impasible, frío.

—¡Mira—me sugirió una noche riendo una pañera—que si el Caballero misterioso (le llamamos así a aquel espectador) fuera el que te mandara las orquideas...!»

Porque se me olvidaba decirle a usted que las noches recibía en mi camerino, no se sabe qué conducto, un ramo de orquideas. Yo me acordaba de reír también.

—¡Bah! Al Caballero misterioso le tenemos cuidado. Debe de venir a vernos porque en su camerino se aburre horriblemente».

Pocos días más tarde llamaron a la puerta de mi camerino.

«—Adelante»—respondí volviendo la cabeza hacia la entrada.

¿Cuál no sería mi asombro viendo aparecer al director del teatro, al Caballero misterioso, con un ramo de orquideas en la mano?

«—Permitame, Miss—me dijo el director—le presente a uno de sus más fervorosos admiradores, mi viejo amigo el capitán Sidney Reilly».

El capitán—continúa la señora—era un hombre tímido, que estaba muy azorado. Al ir a sentarse en la butaca que yo le ofrecí, no sé cómo se las arregló que tiró uno de los espejos que colgaban de las paredes del cuarto.

«—Si yo fuera supersticiosa —le dije riendo—evitaría la amistad de usted.

»—¿Por qué?

»—Por ese espejo roto en el momento de conocerlos. Romper un espejo dicen que da mala suerte».

«—En Inglaterra, al contrario: romper cristal es un buen augurio».

Charlando de la buena y de la mala suerte, Sidney me acompañó hasta la puerta de casa, y allí me declaró, sin preámbulos, que estaba enamorado de mí, dispuesto a casarse en seguida y que, como tenía algunas rentas, buen humor y buena salud, pensaba que de transformarse en la señora Reilly no me resultaría perjuicio.

A los dos meses escasos estábamos casados.

UN PARTIDO DE «TENNIS»

La artista y el capitán inglés fueron felices durante una larga temporada. Pero una noche, al volver juntos de tomar el té en casa de unos amigos, la doncella le dió un extraño recado al capitán Reilly.

—Ha estado aquí un señor y ha encargado que le diga al señor que tenga la bondad de ir al club lo antes que pueda para un partido de «tennis».

La mujer rió:

—¿No iréis a jugarlo ahora, de noche?

El capitán, que se estaba volviendo a poner el abrigo, le respondió con una mueca que se podía tomar por una sonrisa:

—¡Oh, no! Pero voy a ir de todos modos a ver qué es...

El partido a que le convidaban era tan difícil, que todavía no ha terminado. Uno de los jugadores se llamaba el Intelligence Service, es decir, Inglaterra. El otro, la G. P. U., es decir, Rusia. Se trataba de que el agente del Intelligence Service S. T. I., o sea el capitán Sidney Reilly, fuera a Rusia, clandestinamente por supuesto—estaba condenado a muerte por la Cheka—, a enterarse de:

- 1o. Qué agentes utiliza la G. P. U. en Inglaterra.
- 2o. Potencia efectiva del ejército rojo.
- 3o. Situación de la industria rusa.
- 4o. Situación de la agricultura.
- 5o. ¿Existen posibilidades de suscitar un levantamiento separatista en el Cáucaso?

El capitán vuelve a su casa.

—¡Qué lástima no poder jugar ese partido de «tennis»!—le dice a su esposa. —No tengo más remedio que marcharme mañana a Berlín. He recibido malas noticias de Alemania y voy a recoger unos marcos que tengo allí colocados. ¡No vaya a

estallar la revolución y nos quedemos sin ese di-
neral...

EL TRUST

La artista no ha vuelto a ver más a su marido desde el día que le despidió en Londres, pensando que era un buen burgués pacífico que iba a Berlín a cuidar de su hacienda; así que la historia de las aventuras y la muerte del capitán Sidney Reilly en Rusia la conoce por las referencias que han dado las personas que le vieron en Berlín y Varsovia, y, sobre todo, uno de los agentes de la G. P. U., al que más tarde el Servicio Secreto inglés ha logrado hacer hablar.

—Mi marido—me dice—fué a Berlín. Allí entró en relación con una asociación secreta de emigrados rusos, llamada El Trust, cuyos jefes eran oficiales zaristas, Opperput y Jakucheff-Fedoroff. El objeto del Trust era luchar contra los Soviets, procurar derribarlos. Para eso, por el momento, facilitaba a las potencias extranjeras cuantas informaciones podía sobre Rusia, esperando que llegara la ocasión en que le fuera posible asestar un golpe decisivo a los bolcheviques. Estaban magníficamente organizados, con dependientes suyos en todas las ciudades, en todas las oficinas públicas, en todas las industrias de la Rusia, y, sobre todo, en el Ejército y en la G. P. U.... Guiado por un agente del Trust, Krochko, mi marido entró una noche en Rusia, por la frontera lituana. Un auto con los faros apagados estaba esperándole. Montó en él, y muchas horas después estaba en una casa relativamente confortable de Leningrado, tratando de la manera de hacer las investigaciones que deseaba, con los dos jefes del Trust y con un tercer personaje, que era el chofer que le había traído desde la frontera, el antiguo capitán de gendarmería, Chatkowsky.

«¡ES LA G. P. U.!»

—Al día siguiente, los jefes del Trust, el ex capitán Chatkowsky y mi marido, salían en automóvil para Moscú. Fué un viaje extraordinario. Se encontraban con centinelas, con patrullas de soldados, con policías que les pedían los papeles. Pero bastaba un gesto misterioso de uno de los jefes, en el momento oportuno, para que los dejaran seguir su camino.

El capitán Reilly estaba asombrado.

—Es que nuestra organización—le explicó Opperput—tiene ya casi tanta fuerza como Stalin. Somos cincuenta mil hombres situados a la cabeza del Estado y de la Economía bolchevique. Hasta dos miembros del Consejo de comisarios del pueblo son nuestros. Cuando usted oiga hablar de un atentado contra un personaje comunista, de un accidente ferroviario, de una sublevación en el Ejército rojo, de una catástrofe minera, de motines de campesinos, piense en El Trust.

En otra casa de Moscú, tan bien puesta como la de Leningrado, esperaban a mi marido una porción de señores; formaban algo así como un congreso del Trust reunido para tratar con el enviado de Inglaterra.

—Queremos precisar—dijo uno de los congresistas—si Inglaterra está realmente dispuesta a ayudarnos. Claro que el capitán Reilly, que no es más que un agente, no está autorizado para contratar alianzas en nombre de su Gobierno, pero puede indicarnos de todas maneras, a fin de que nosotros veamos si nos convienen o no, las intenciones de su país. Ya le hemos descubierto parte de nuestra organización; no podemos seguir revelándole secretos vitales sin que él nos exponga su punto de vista.

El capitán Reilly reconoció que el delegado tenía razón y expuso sus propósitos informativos.

Entonces se entabló una larga y viva conversación. Los delegados del Trust pedían detalles, precisiones al capitán inglés. ¿Qué elementos aportaría Inglaterra para ayudar a una sublevación? ¿Cómo estaba organizado el espionaje inglés en el territorio soviético?...

Reilly contestaba a docenas de preguntas, y los delegados iban anotando sus contestaciones.

De pronto sonó un silbido.

Los delegados corrieron hacia las salidas.

Entró el ex capitán Chatkowsky muy agitado.

SEA ROBUSTO !

El uso del Quinium Labarraque á la dosis de una capita de licor después de cada comida basta, en efecto para restablecer en poco tiempo las fuerzas de los enfermos más agotados. Por consiguiente, aquellas personas débiles, debilitadas por la enfermedad, el trabajo ó los excesos; los adultos fatigados por un crecimiento demasiado rapido; los anémicos, los ancianos debilitados por la edad, debentomar vino de



Quinium Labarraque

APPROUVÉ PAR L'ACADÉMIE DE MÉDECINE DE PARIS

Dépôt : Maison FRÈRE
19, Rue Jacob, PARIS

—Vámonos—le dijo a Reilly. —Nos avisan de que la G. P. U. va a venir a hacer un registro. El automóvil que los había traído estaba a la puerta y subieron a él.

Chatkowsky cogió el volante.

—Vamos a una estación de los alrededores a tomar el tren—dijo.

Rodaron por calles extraviadas; luego, por los arrabales, luego, por una carretera. Al fin, el coche paró ante una casa aislada.

—¿Es la estación?—preguntó el capitán Reilly apeándose.

—¡Es la G. P. U.!--dijo riendo brutalmente Chatkowsky.

LA MUERTE DEL CAPITAN REILLY

El capitán Sidney Reilly, del Intelligence Service, había caído en una emboscada. El Trust era sencillamente una trampa ideada por la G. P. U. para cazar espías y conspiradores. Uno de los llamados «jefes» del Trust, Opperput, que más tarde hizo traición a los Soviets, contó cómo se las habían arreglado su compadre Jakucheff y él para acreditarse entre los emigrados blancos.

Se habían presentado en Varsovia, en Berlín, en Praga, en todos los sitios donde habían emigrados rusos, como furiosos enemigos del comunismo, y creadores de una poderosa sociedad secreta para derribarlo. Al principio no les hacían caso, pero como, amparados por las autoridades bolcheviques, estaban en condiciones de realizar acciones extraordinarias, acababan por inspirar confianza.

Un día lograron sacar de Rusia, clandestinamente, a la familia de un general zarista; otro día denunciaban a un confidente de la G. P. U.; otro

conseguían que un aristócrata que quería ir a Leningrado fuera y volviera sin que le pasara nada... Los «blancos» empezaron a alistarse en El Trust, a organizar conspiraciones con los dos jefes y a divulgar sus hazañas.

Por eso Sidney Reilly entró en relación con ellos. Opperput ha contado cómo murió el capitán Reilly.

—Lo tuvieron algún tiempo preso, para ver si se obtenían de él más informes que los que ya había dado en la reunión de Moscú, pero como se negaba a hablar, una noche lo sacaron de la celda, con las manos atadas a la espalda, y lo llevaron a un jardincillo que había detrás de la prisión. En el camino encontró a Chatkowsky, que se reía, y le gritó: «¡Cochino!».

Luego vió un hoyo que había en el jardín y comprendiendo que aquél era el sitio en que le iban a matar, se detuvo sin que los que le llevaban se lo mandaran. «¡Se acabó!»—dijo arreglándose la corbata.

Ibraim, uno del Cáucaso, que servía en la G. P. U., le apoyó el cañón de su pistola en la nuca, disparó y el capitán cayó sin lanzar ni un gemido.

COMUNICADO OFICIAL

—Vea usted—me dice la viuda del capitán Reilly tendiéndome un viejo recorte de periódico—cómo dieron cuenta al Mundo los bolcheviques de la muerte de mi marido.

«Comunican de Moscú que unos contrabandistas intentaban atravesar la frontera ruso-finlandesa la noche última. Los soldados rojos hicieron fuego, resultando muerto uno de los contrabandistas. Si la documentación que se encontró sobre el cadáver no era falsa, el muerto se llamaba Sidney Reilly, y era ex capitán del Ejército inglés».

HANS VRAM EL ESPIA QUE JUGABA CON DOS CARTAS

NUEVAMENTE envuelve a París la inquietante atmósfera de la guerra. Verdad es que no se repite el cuadro dramático de 1914, subrayado con el lejano tronar del cañón, que un viento guerrero traía desde las trincheras de Verdún o el Marne. Ahora esta atmósfera tiene un aire menos espectacular, pero más secreto y peligroso...

Están los refugios contra bombardeos, las máscaras antitóxicas, las obras de defensa levantadas en innumerables puntos de la ciudad, que son una silenciosa afirmación de que, aun cuando no se oiga el tronar de los cañones, nuevamente Francia se ha levantado en armas...

Mas hay en estos días otra dramática y secreta sensación de guerra, de esa forma siniestra y tenebrosa cual es en la guerra el espionaje. No puede decirse que los espías han aparecido en escena. Aun en tiempos de paz, y en todas las naciones del mundo, de relativa importancia, el disimulado ejército del espionaje está en guerra continua. Es la guerra sorda y paciente de los que preparan el camino a la matanza que llegará cualquier día, y esa guerra puede decirse que no ha tenido una sola tregua en Europa en lo que va cumplido del siglo.

Precisamente en junio del año pasado, se descubrió en Francia el gran escándalo de espionaje, que culminó con el esclarecimiento de las maniobras del redactor-jefe de «Le Temps» y sus inteligencias con el Reich, que tanto trabajo dieran al «2^o. Bureau» (Servicio de Contraespionaje), determinando la personal intervención de Daladier para dirigir la lucha contra los espías enemigos... Demasiado reciente está este acontecimiento para que se haya podido olvidar. Tampoco se han podido olvidar las dramáticas andanzas de Caillaux y Malvy. Y entonces la opinión pública piensa y recuerda.

LA GUERRA DEL MIEDO

El espionaje es la guerra del miedo. Miedo del que desconfía de su vecino, miedo del que puede ser un instrumento inconsciente de espionaje, miedo del propio espía que maniobra jugándose la vida a cada paso.

El hombre que está frente a nosotros puede ser un espía. También lo puede ser este otro señor de aspecto amable y cabello canoso, que, desde hace tres años, nos saluda amablemente todas las mañanas, pero cuya vida es un misterio para nosotros. Y esta mujer elegante, de aire seductor, que entra ostentadamente en el restaurante nocturno, también puede ser un espía. He aquí una fórmula de espionaje: mujeres bellas y hombres solitarios...

Por eso hay que desconfiar... Hay que desconfiar. Se ven fantasmas por todas partes, es cierto, pero buenos antecedentes existen para estas desconfianzas...

Tenemos el caso de Hans Vram, por ejemplo. El caso de mademoiselle Docket, el caso de Mata-Hari, el de Von Meyerem, el de Martha Moreuil... Y éstos no son sino los que alcanzaron divulgación por circunstancias especiales, porque, además, quedan los centenares de casos cuya historia nunca será conocida, debido a que las historias de espionaje nacen, se desarrollan y mueren en secreto la mayoría de las veces...

El caso de Hans Vram fué, sin duda, una excepción. Una rara excepción, porque Hans Vram, después de terminar la guerra, se dió la voluptuosa satisfacción de escribir sus memorias, para relatar con lujo de detalles, cómo había logrado permanecer en Francia los cuatro años de la guerra. ¡Y era un espía alemán!

HANS VRAM

Cuando estalló la guerra de 1914, Hans Vram vivía en las proximidades de Saint Cloud. Nadie ignoraba que se trataba de un alemán, pero hacia ocho años que estaba instalado allí con un comer-



La famosa Torre Eiffel, de París, que utilizaron los espías durante la anterior guerra.

cio, mostrándose singularmente apegado a Francia. Al estallar el conflicto, Vram no fué molestado.

Valieron para ello importantes cartas de recomendación, y, de pronto, apareció nuestro hombre gozando de considerables influencias en ciertos esferas oficiales.

La verdad es que Vram tenía su casa en una altura, y que instaló allí un aparato telegráfico, con el que se dedicó a controlar el servicio de la torre Eiffel. Un buen día, uno de sus amigos denunció. Vram supo con tiempo esta actitud de su amigo—que era un alemán naturalizado francés—, y como era extraordinariamente audaz, adelantó al golpe, presentándose al comisario de policía para invitarlo a que efectuara una visita a su casa. El comisario, sin mucha sutileza, se dejó impresionar por esa invitación y, amigablemente, se franqueó con él:

—Es usted un buen hombre Vram, mire lo que dicen de usted...

Y le enseñó, acto seguido, la denuncia que se le había levantado, acusándolo de espionaje a favor de Alemania.

Cuenta Vram en sus memorias que después de ese primer incidente siguió dedicándose al control de las comunicaciones de la torre Eiffel, hasta que un buen día apareció en su casa un inspector, criticándole que mostrara sus documentos. Estos no estaban en regla y el inspector hizo la denuncia correspondiente, pero una vez más Vram tuvo otro rasgo de audacia.

«Me presenté en la prefectura—cuenta—pidiendo que me firmaran el pasaporte, pero el funcionario me dijo que antes tenía que hacer algunas averiguaciones. Entonces comprendí que tenía que jugarme el todo por el todo, y le anticipé:

»—Si verdaderamente quiere usted hacer averiguaciones, tenga cuidado. Yo tengo amigos poderosos, y si usted quiere causarme molestias, las molestias serán para usted.

»—¿Usted tiene amigos poderosos? —me dijo el funcionario.—
¿Cuáles son?

»—Estos —le contesté, enseñándole varias cartas firmadas por académicos, senadores y hasta ministros, que me habían sido entregadas para una ocasión semejante.

»El hombre no se dejó intimidar, y tomando las cartas se dirigió a informar a su superior.

»—¡Mis cartas! —exclamé, sabiendo que no convenía mucho la exhibición de aquellos papeles.

»—Pierda cuidado, ya se las entregaré.

»Durante un rato permanecí solo en la habitación, y, por un instante, me acometió la intención de huir, pero, antes de que tuviera tiempo de decidirme, la puerta se abrió, y el funcionario, dirigiéndose a mí, dijo respetuosamente:

»—Sentimos mucho, señor Vram, lo que ha ocurrido. Todó ha sido un mal entendido.

»Y pude volver tranquilamente a Saint Cloud donde esa noche mi aparato telegráfico funcionó como siempre».

LA RED ESPIONAJE

Relata Vram cómo la invisible red del espionaje se extendía por toda Francia y más allá de sus fronteras, alcanzando Suiza y Holanda, de manera tal que, por ese camino, sus informaciones llegaban velozmente a las oficinas del Thiergarten, en Berlín.

Cuenta también cómo en varias ocasiones sostuvo entrevistas en París con «14 G W», bien conocido luego como Mlle. Docket, y cuyo verdadero nombre, Ana-Marie Lesser, figura entre los de los espías más famosas de todos los tiempos.

Durante los cuatro años de guerra, Hans Vram trabajó silenciosamente en su casa de Saint Cloud interceptando centenares de despachos transmitidos por las autoridades militares francesas desde la torre Eiffel. No hizo otra cosa, pero es seguro que su trabajo costó la vida de miles y miles de hombres, pues entre todas esas informaciones interceptadas...

tadas, más de una vez captó mensajes de considerable importancia.

Por fin, en marzo de 1918, Hans Vram comienza a sentirse acorralado. Quizás es sólo un secreto instantáneo el que le aconseja que abandone Francia, pero es seguro que algo más hubo, aún cuando él no lo dice en sus memorias.

Decidió partir hacia Suiza entonces; pero no era fácil que cruzase la frontera francesa un alemán.

Para obtener la autorización, él debía presentar garantías, atestiguando que el viajero era «un hombre de honor y un amigo sincero de Francia».

«Cuando mis amigos—dice Vram en sus memorias—me consiguieron lo que yo deseaba, me sentí un hombre feliz».

Sufre algunas peripecias Vram antes de pasar a Suiza, pero logra hacerlo al fin, y lo que es más todavía, lleva consigo una maleta con importantes documentos, que, milagrosamente, no son descubiertos...

Toda la aventura de Vram resulta, en realidad fabulosa, pero el punto más extraño de su relato se encuentra cuando habla de «mis amigos».

Necesariamente, debía tener amigos influyentes en Francia para conseguir el salvoconducto que le permitió pasar a Suiza, pero como esto él no lo aclara en su libro, pareciera el caso destinado a permanecer en el misterio...

Sin embargo, no fué así. Años más tarde, cuando ya Vram había muerto en Alemania, se completaron en realidad las informaciones de sus memorias, con otras que descubrían la personalidad verdadera de este espía...

Y AHORA OTRA VEZ

Había sido, en realidad, un espía alemán... Pero también había sido espía francés.

Pertenecía a ese extraordinario tipo de aventureros que hacen del espionaje una forma de comercio, vendiendo sus servicios a dos naciones en lucha, y sin que se sepa verdaderamente, en ninguna de las dos, para cuál de ellas trabaja con ventaja, en ese criminal comercio de datos, cifras,



El misterioso ciudadano traicionaba a la vez a Francia y a Alemania. Un curioso episodio de la guerra del 1914 al 1918. Por Alois MARCHAND

Mademoiselle Doktor, la famosa espía alemana que estuvo en relación con Hans Vram, que la conocía por «14 G W». AL LADO: El coronel Redf, ex jefe del servicio secreto austrohúngaro, que era al mismo tiempo espía de Rusia, realizándose en él uno de los más sensacionales casos de espionaje doble.

movimientos y demás informaciones militares... Tal el caso de Hans Vram.

Ahora la guerra ha vuelto a envolver a París

Nunca el hombre atribuye mucha importancia a las altas y bajas de la vida hasta que juega a la Bolsa y pierde.

o o o

Cuando un hombre se casa, es señal que está preparado para lo peor de la vida.

en su clima dramático, y, aun cuando no se oiga el estampido del cañón, se siente el peso de la guerra en ese presentimiento secreto de todos los Hans Vram que pueden andar codeándose con nosotros por las calles...

Y el «20. Bureau» trabaja desesperadamente.

No se extrañe que la mujer diga a todo que no. Siempre hacen lo mismo, excepto cuando se las propone matrimonio.

o o o

Efectivamente que hay hombres de suerte y que nunca fracasan. Son los que nunca intentan nada.

PENSAMIENTOS

En el 99 por ciento de los casos, ningún marido se interesa grandemente por conocer a la familia de su mujer... A menos que sea rica.

o o o

Hay pinturas que no son obras de arte. El verdadero arte es el saber vender las pinturas a precios fabulosos.

o o o

Es un encanto eso de las leyes de la igualdad. Cuando en un matrimonio la mujer hace lo que ella quiere, el marido también hace lo que quiere... lo que quiere su mujer.

o o o

EXAMEN DE GEOGRAFIA

—¿Qué forma tiene la Tierra?—pregunta el profesor.

—Redonda —contesta el alumno.
—Y por qué está usted tan seguro de que es redonda?

—Yo no estoy seguro; a lo mejor se equivocó Copérnico, pero por eso no vamos a discutir.

o o o

LECCION BIEN APRENDIDA

El profesor.—Las victorias de Napoleón fueron tan considerables que en cierta ocasión conquistó en ocho días y con 40.000 soldados cien mil leguas de terreno. ¿Se ha enterado usted bien, Gutiérrez? A ver explíquelo.

Alumno.—Perfectamente: Napoleón en 40.000 días, con cien mil soldados conquistó ocho leguas de terreno al enemigo.

La Tos y Ahogos de Asma y Bronquitis Acabados en 3 Minutos

¿Sufre Usted de ataques y ahogos de asma tan malignos que pierde la respiración por momentos y no puede dormir? ¿Tiene que toser tan hondamente que le parece que fueran a quebrarse los músculos del estómago? ¿Se siente débil, incapaz de trabajar, tiene que evitar las corrientes de aire, los catarros y ciertos alimentos?

Aún cuando haya sufrido por mucho tiempo y aún cuando haya probado muchas medicinas debe tener confianza en la nueva prescripción médica llamada Mendaco. Acaba con las drogas a base de alcaloides, las inyecciones, los cigarrillos, los atomizadores, etc. Todo lo que tiene que hacer es tomar dos tabletas que no son desagradables con los alimentos y los ataques de asma desaparecerán como por encantamiento. Mendaco comienza a trabajar en 3 minutos actuando en la sangre y ayudando a la naturaleza a disolver y remover la flema que lo ahogaba. Promueve así libre respiración y sueño reparador desde la primera noche, de modo que lo hace sentirse y parecer años más fuerte y más joven.

Acabó con la Asma hace 2 Años

Mendaco no solo produce alivio casi inmediato y libre respiración sino que ayuda al sistema a defenderse contra futuros ataques. Por ejemplo, el Sr. J.

Richards, de Hamilton, Canada, había perdido 40 libras, había estado sufriendo de ataques y ahogos asmáticos todas las noches, no podía dormir y ya temía morir cuando probó Mendaco que no solo acabó con los espasmos asmáticos sino que estos no han vuelto a acometerlo desde hace dos años.

Garantizamos Devolverle su Dinero

La primera dosis de Mendaco comienza a trabajar a través de la sangre ayudando a la naturaleza a acabar con los efectos de la Asma. En breve tiempo Mendaco hará que se sienta años más joven y más fuerte. Pruebe Mendaco bajo nuestra garantía Inquebrantable de devolverle el dinero si no lo beneficia. Sea Usted mismo el juez. Si no se siente enteramente bien, como una nueva persona y completamente satisfecho, después de haber tomado Mendaco todo lo que tiene que hacer es devolver el paquete vacío y el precio que pagó por él le será retornado. Pida Mendaco en cualquier farmacia hoy mismo y vea lo bien que dormirá esta noche y cuánto mejor se sentirá mañana. Nuestra garantía lo protege.

Mendaco *Acaba con la Asma * Bronquitis * Fiebre de Heno*

SUBIAMOS al piso 18 del Hotel Pennsylvania ansiosos de visitar la Exposición de Canarios inaugurada el día 27 de noviembre del pasado año por la «Empire Bird Cage Association». Era la oportunidad para conocer 700 ejemplares de este animalito que por espacio de 400 años de vida ha vivido con el hombre bajo cautividad. Al llegar al inmenso salón repleto de jaulas, una dama vertió un lamento de angustia: «Este lugar está muy frío y al abrir las puertas se produce una corriente que puede resfriar a mi «Petronto»...

UN BAR DE CANARIOS

Y al fin de evitar la complicación nefasta, la dama sacó un cuenta-gotas de su «vanity-case» y vertió en el bebedero de una jaula seis o siete gotitas de whiskey... La maniobra tuvo repercusiones inmediatas. Más de cincuenta personas—propietarios de los ejemplares en exhibición—empezaron a manejar los cuenta-gotas y aquel salón con pretensiones de museo «ornitológico» quedó convertido en un bar en donde se escanciaban los más exóticos cocktails.

—¿Usted nunca ha visto estornudar a un canario...? —nos preguntó otra señora que tenía en la Exposición uno de sus amados seres.

—No... Mi experiencia clínica no ha llegado aún a semejante estilización...

—Pues es interesante desde el punto de vista científico. El estornudo es el primer síntoma del resfriado, enfermedad que la mayoría de las veces se complica en la nefasta pulmonía cuyo ciclo es semejante a la de que padecen los humanos.

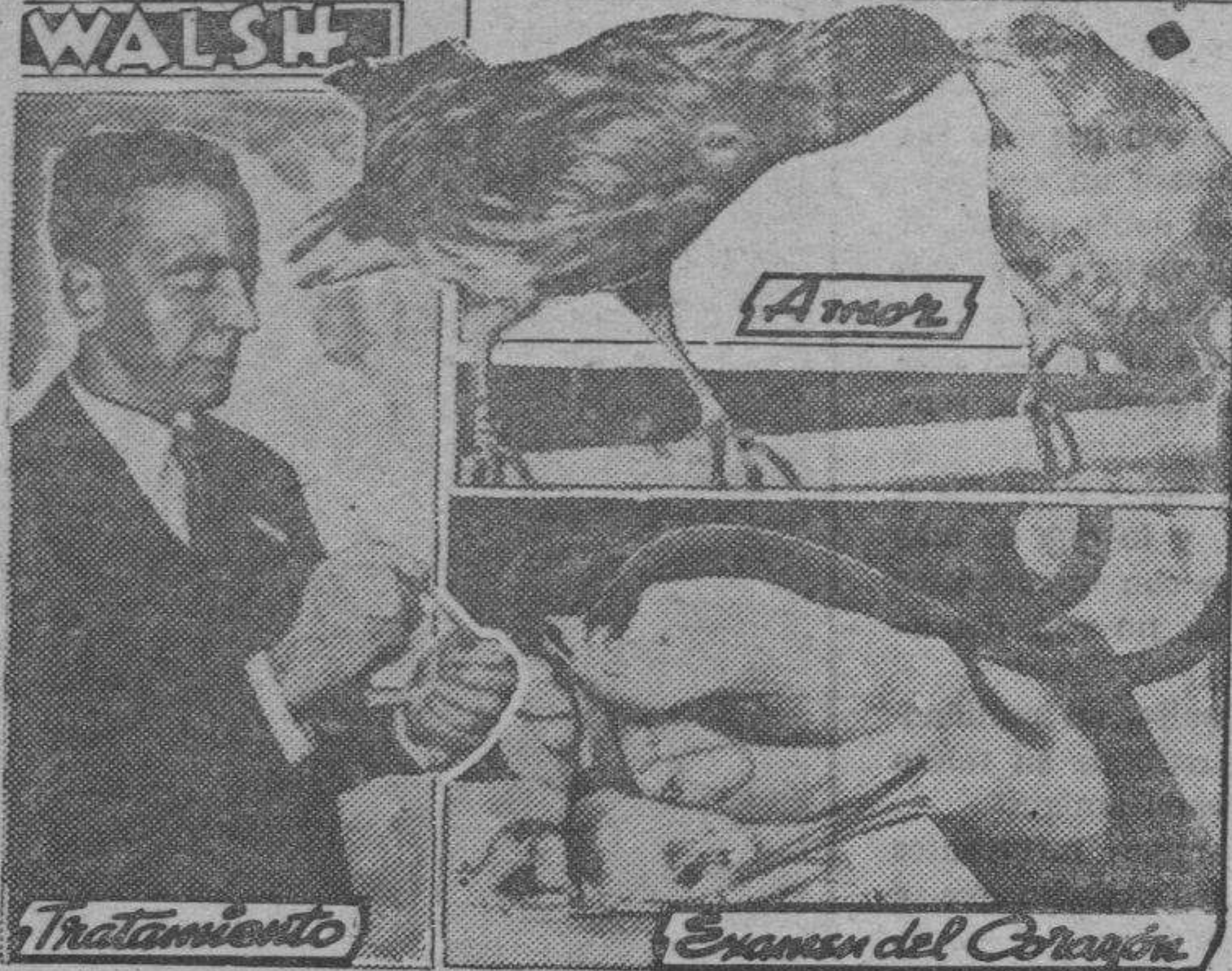
UN CORAZON CON 500 LATIDOS POR MINUTO

Al oír semejantes disquisiciones clínicas, nos enteramos de la reputación y trabajos de Mr. Patrick Lambert C. M. (Canary Doctor) en el campo de la patología «ornitológica». El doctor Lambert es un especialista que ejerce en Nueva York y que tiene a su cargo la cura de las dolencias que padecen los canarios más conspicuos de la metrópoli. Trata la pulmonía de estos diminutos alados como si fueran personas. En caso de «anorexia» (asfisia) les somete a la respiración artificial y a la insuflación de oxígeno. El examen de la laringe sigue la misma técnica que el laringólogo que atiende a Martinelli y la exploración física del tórax, está sujeta a las maniobras del estetoscopio que immortalizaron al célebre clínico francés Laennec. Es decir, que no hay diferencia entre los medios de diagnósticos que usa el doctor Lambert y los que se ponen en práctica en la Clínica Mayo. Naturalmente la interpretación de estas maniobras, es distinta porque el corazón de un canario da 500 latidos por minuto, mientras que el de un hombre 70 y el de un elefante 25. La temperatura de esta avecilla es de 39 grados, la del hombre, 37. El canario está influenciado por una actividad y dinamismo, consecuencia de un exceso de adrenalina fabricada por sus glándulas suprarrenales y el metabolismo o combustión del alimento es elevadísimo, sólo comparable a la dama que sufre un trastorno de la glándula tiroideas.

19 ESPECIES Y 700 CAMPEONES

Entre los 700 campeones que se exhibían en el Hotel Pennsylvania, vimos ejemplares de las 19 especies de este animal. Unos estaban clasificados por el color del plumaje, otros por sus virtudes fonéticas. Los criadores de canarios han conseguido animalitos de los colores más exóticos: del amarillo pálido casi blanco a un verde rabioso que recordaba la intensidad cromática de las lámparas de neon. En virtud de diferentes cruces, se han producido los animales más raros, sin que hasta ahora hayan podido obtener un animal con los colores rojo y negro. En aquella Feria de los Trinos, había pájaros de un tamaño infinitesimal, hasta ejemplares gigantes que recordaban casi la morfología de un pichón. Atraía la atención de los concurrentes el llamado canario «mula» que es un híbrido resultante de la mezcla de una canaria con diferentes especies de pájaros cantores. Los «divos» emisores del canto maravilloso que se titula «roller», estaban clasificados con arreglo a la pericia de sus gargantas. Los aficionados se acercaban con cautela a las jaulas y aplicaban los oídos con una religio-

¡Canarios!



El señor Thomas J. Walsh, presidente de la Asociación Pajareras de los Estados Unidos, le administra una dosis de «whiskey» a un canario para curarle el catarro. Amaba: idilio entre los canarios pajarillos cuyo corazón, tras auscultación médica, da 500 latidos por minuto.

por el
Dr. JULIO CANTALA

sidad digna de los oyentes de una sinfonía orquestal.

«STINKY», «BOBBY» Y LA PSICOLOGIA E INTELIGENCIA DE LAS AVES

En medio de aquel Concilio de alados, se exhibían pájaros de otras especies que sus dueños consideraban dignos de la inmortalidad. Por ejemplo, conocimos a «Stinky», un Turpial venezolano cuya inteligencia y habilidad para pelar naranjas y bananas nos transportó a los problemas de psicología experimental, y «Bobby» un lorito que para comer usaba una cuchara manejada por una de sus patitas con la corrección de un «gentleman» inglés de la época Victoriana. En estos animalitos existe la inteligencia—alguien anotó—y como prueba recordamos el libro titulado «Canary», que atrajo hace poco más de un año la atención del público americano. El autor de la obra es el doctor Gustavo Eckstein, profesor de psicología de la universidad de Cincinnati. Un trabajo en el que se describe la vida de una colonia de canarios establecida en el laboratorio del psicólogo investigador. Cientos de pájaros vuelan y viven sobre el laberinto de aparatos que forman ese cenáculo científico. Y según el libro, entre los canarios existe el buen humor, la tristeza, la ambición, la intriga y el adulterio formado a guisa de «triángulo» como en los argumentos de las películas decadentes, «triángulo» que suponemos sea tan variado, que en muchos casos ocurre como en Hollywood y se convierte en pentágono, exógono, octógono... Eckstein afirma que no «ensaya» con sus pajaritos, sino que simplemente les observa con cuyo examen llega a no dudar de la existencia en estos diminutos cantores.

UN CIRCO DE CANARIOS

Uno de los protagonistas de la obra es Billy, inválido que se fracturó una de sus alas y que para alcanzar la mesa en donde está la comida, usa de una escalerita llena de recobecos que conoce a la perfección.

Estos, como otros movimientos, nos hicieron invocar la acción indiscutible de la llamada «memoria motriz» en los animales, semejante a la adquirida por el hombre en sus diarios mecanismos, como por ejemplo los que usa nuestra secretaria en el diario teclear de la máquina.

Porter ya hace tiempo que nos había hecho conocer la existencia de estos fenómenos en las aves («The English sparrow and other birds». Amer Jour. Psico. 1906) lo mismo que los fenómenos de la llamada «memoria sensorial». En los gorriónes, llegó a utilizar seis cajas de diferentes colores colocando en una de ellas—creo que en la roja y en la negra—la comida y el agua. Los inteligentes pajaritos llegaron así a distinguir la gama de esos seis diferentes tonos cromáticos que adornaban los recipientes.

He oído comentar—aunque no he visto—las peri-

clas de los canarios que cría y educa Mrs. Lillian Hayes de Durenreith (Estado de Indiana). Peggy von del Goltz publicó unos artículos en la revista «This Week» en julio del 1935, en los que describió un verdadero circo formado por esta señora y unos cuantos canarios. Uno de ellos lanzaba sus trinos al oír silbar la canción popular titulada «Yankee Doodle» y el otro, respondía de la misma manera ante el ritmo de la no menos popular «My Old Kentucky Home»... En aquella comunidad canariense, había una hembra que hacía «maromas» dignas de un acrobático chimpancé...

HOGAR, DIETA Y FARMACEUTICA

—¿Cuántos años vive un canario?... —preguntamos a los expertos que conducían la Exposición en el Hotel Pennsylvania.

—Unos ocho o diez... Pero algunos alcanzan hasta 25.

La vida reproductiva en ellos, forma un ejemplo del más perfecto hogar. Se hacen la corte como los humanos y un idilio jamás se inicia, antes de que la pareja haya entrado en los terrenos de la completa amistad. Ponen dos, tres y hasta cuatro huevos, dos o tres veces al año cuidando con esmero de la incubación que dura de 13 a 15 días. Mientras que Madame permanece dando calor a sus huevecillos, el marido la alimenta cariñosamente. Cuando los pequeñuelos cuentan dos días de edad se inicia su alimentación infantil y al cumplir los dos semanas, los infantes se posan en el borde del nido ansiosos de llenar su estómago hambriento. A los 21 días se inicia la primera salida. Se escapan del nido usando torpemente sus alas rudimentarias y a las seis semanas, espontáneamente se acercan al baño para recibir su primera ablución.

¿Que cómo se alimentan estos canarios domésticos...? En la Exposición vimos muestras de la más variada y científica dietética «canaril». Aceite de hígado de bacalao. Semillas de las más delicadas gramíneas, mezcladas con toda la gama de Vitaminas. Tónicos a base de extractos de glándulas. Vacunas para inmunizarles en contra de sus terribles infecciones.

Durante los días que permaneció abierta la Exposición nos vimos envueltos en una verdadera nube de «plumas». Nuevos libros sobre la vida de los pájaros llegaron a nuestro escritorio. «Birds in the Garden» (Reynal, Edi.) por Margarita McKenney, es una obra que nos enseña la manera de atraer a los alados silvestres en las vecindades de nuestro hogar. Cómo debemos de alimentarlos, cómo deberán de ser tratados... Un aspecto más científico que el libro anterior es el del doctor E. Howe Forbush, titulado «Natural History of the Birds of Eastern and Central North America» (Houghton, Edit.), descripción maravillosa de la fauna celeste de la porción norteamericana.

«LA VIDA PRIVADA DE LOS PAJAROS»

Otros dos libros de valor son «The Private Lives

A más de 250 KILOMETROS

de 250

por hora sobre el

AGUA

EN EL MAR

La historia de la velocidad en el mar es una epopeya más romántica que la de estos héroes aislados que nos brinda la tierra y el aire; pero en ella se aúnan siempre la utilidad, la vanidad y el



por R. ZUBIAGA

“Miss América X”, el “Normandie” y el “Queen Mary”. Blasco de Garay fué el primero que navegó con propulsión mecánica. La máquina de su invención hacía una legua por hora. La carabela “Santa María” navegaba a 10 kilómetros, y tardó sesenta días en atravesar el Atlántico. La cantidad de movimiento del “Normandie” equivale a la de un automóvil lanzado a cuatro millones de kilómetros por hora.

Los poderosos «Normandie» y «Queen Mary», que se disputaron la Cinta Azul.

según la tradición, que el actual ferrocarril para surtir pescado fresco a la mesa del emperador; otras por vanidad, como la muerte de Ladas, por una corona de laurel, en las carreras pedestres de Olimpia; o por patriotismo, como Pheidippides de Maratón a Atenas: 40 kilómetros, a unos 15 kilómetros por hora, pagando con su vida la noticia de la victoria.

interesante es la que lleva por título «Manka the Sky Gipsy», escrita por Denis Watkins Pitchford, autor que ya le conocíamos por su trabajo titulado «Wild Lone», especie de estudio psicológico de un zorro. El libro reciente es el análisis de la vida de un ganso. Una biografía tan detallada y espectacular como las que escribe Ludwig sobre la vida de las grandes figuras de la Historia. Después de repasadas estas páginas, llegamos a la conclusión

patriotismo para, conjuntamente, surcar los mares con la máxima gloria.

Así, hoy el máspreciado galardón en velocidad marítima es la Cinta Azul (Blue Ribbon), imaginaria corona de laurel con que se gloria a la nación que posea el trasatlántico, buque de gran comodidad y seguridad, que una en menor tiempo Europa y América.

Para quien admira la ingeniería, la velocidad de un trasatlántico tiene la siguiente trascendencia: el «Normandie», de 78.500 toneladas de peso o desplazamiento, a 32 nudos (59,4 kilómetros por hora), lleva la misma cantidad de movimiento: masa por velocidad, o fuerza de choque, que un automóvil o avión de peso corriente a la velocidad desconocida de cuatro millones de kilómetros por hora.

La velocidad en el mar se mide por una unidad especial: el nudo, igual a una milla marina por hora: 1.852 kilómetros por hora. Con frecuencia leemos, aun a los más nombrados periodistas navales, la redundancia «nudos por hora»; se debe decir «nudos» simplemente, o millas marinas por hora; el «nudo por hora» es una medida de accele-

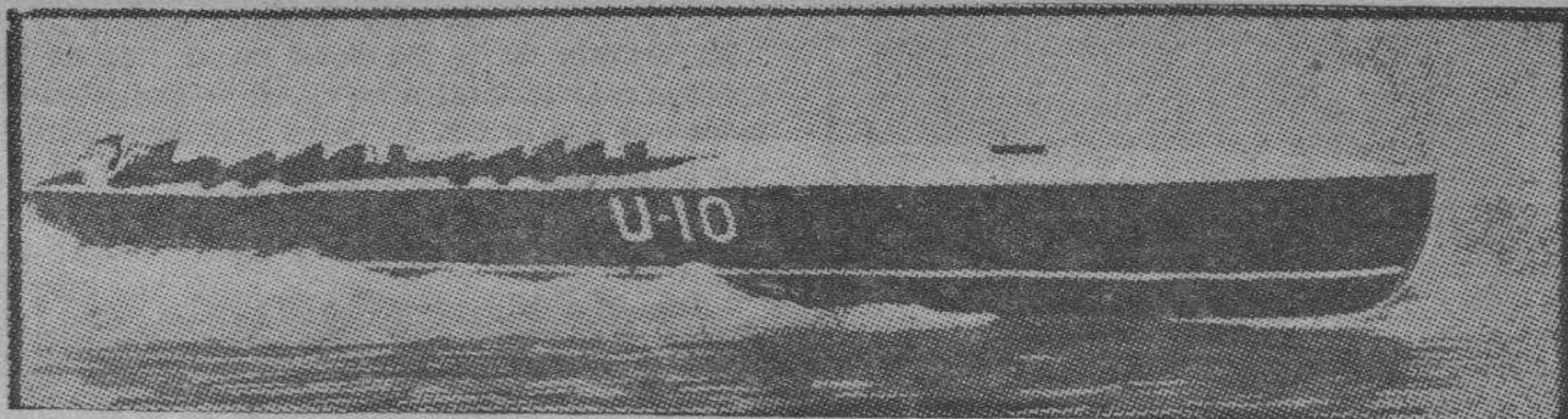
que el acercamiento del hombre a los pájaros (como con casi todos los animales) depende de la ternura que pongamos en nuestros intentos... Es decir, que debemos de olvidarnos por un momento de nuestra condición de humanos...

Hermano lobo... hermano perro... hermano ciervo... y ahora hermano pájaro...

Así meditamos mientras esperábamos a que «Petronio» estornudara...

A velocidad es el problema mecánico que más ha apasionado a los hombres desde el principio de los siglos; unas veces con fines utilitarios, como el correo humano de Moctezuma, que hacía el transporte entre Veracruz y Méjico en menos tiempo

of Birds» por el doctor H. Smith Williams (Mac Bride, Edit), y «Hawks in the Hand» (Houghton Edit), por John Craighead. El primero es una observación con ribetes de Psicología Experimental, acerca de la vida de varios pájaros, el segundo, es una Saga de las aves de rapiña principalmente las de ciertos territorios de los Estados Unidos. Quizás de todas estas obras recién llegadas, la más



«Miss América X», que desarrolló una velocidad cercana a los 250 kilómetros por hora, hace tiempo.

ración. La palabra «nudo» origina de las divisiones señaladas con nudos, que se hacían en el cordel de la corredera: una barquilla que se echaba por popa de los barcos contándose los nudos que pasaban en el tiempo que tardaba en vaciarse un reloj de arena.

LA RESISTENCIA A LA MARCHA DE LOS BUQUES

Antes de continuar hablando de velocidad de los buques, es interesante conocer los fenómenos físicos que se oponen a ella. En cualquier fluido, gas o líquido, hay dos propiedades físicas base de la resistencia que oponen a que sean surcados por un sólido; el distinguirlos es fácil, basta un experimento en la bañera: si surcamos el agua con una lámina de plano, encontraremos una gran resistencia, que se debe exclusivamente a tener que desplazar el peso de las moléculas de agua; es decir, a la «densidad» del fluido; si surcamos el agua con la lámina de canto la resistencia es mucho menor; pero existe debido a que las moléculas del fluido se pegan a la superficie del sólido, y al despegarse de las capas de líquido adyacente se opone la adherencia de las moléculas o «viscosidad» del fluido. La densidad hace que para formar olas o remolinos se necesite de una fuerza que impulse el peso de las moléculas a verificar ese movimiento, y para separar las moléculas hay que vencer la fricción, adhesión o viscosidad que las une con otra fuerza; el conjunto de estas fuerzas es lo que constituye la resistencia a la marcha del buque.

Los barcos se distinguen de las aeronaves y de los submarinos en que navegan entre dos fluidos: agua y aire, siendo por ello su resistencia mucho más complicada que la de éstos, por la formación de olas en la proa (entrada de aguas), y en la popa (salida de aguas) del casco. En los barcos, tanto la entrada como la salida de aguas, debe terminar en punta o en cuña; para sólidos en un solo fluido la mejor forma es redondeada la proa y en punta la popa.

La proporción de eslora a manga de los buques varía poco de la de los peces: una trucha es 7.2 veces más larga que ancha; una caballa, 8 veces; un abadejo, 6.5 veces; un salmón, 8 veces, y una lobina, 6 veces.

Cuanto más rápido (considerando velocidad y eslora) es el buque, mayor es la fracción de resistencia de olas; pero aun en los buques más rápidos, tales como los destructores, que hacen 40 nudos con 100 m. de eslora, la resistencia de olas sólo llega a un poco más de la mitad de la total; el resto es fricción del agua con la superficie del casco. En buques lentos, como cargueros de 10 nudos y 110., la fricción suele llegar hasta 80 por 100 de la total.

La resistencia del aire, con viento en calma, es relativamente pequeña: no llega al 5 por ciento; pero como los buques han de tener la regularidad de un tren (es decir, porque quisieran los trenes tener la regularidad del trasatlántico), y con huracanes en contra, esta resistencia puede aumentar hasta cerca de un 25 por ciento; modernamente se da forma aerodinámica a las superestructuras y chimeneas.

La resistencia de olas depende de la forma del casco y de la interferencia que pueda haber entre las olas que se forman en la proa y en la popa, para disminuir esta resistencia a un minimum se prueban modelos del casco y de las hélices en un canal de experiencias hidrodinámicas, con el agua tranquila y con oleaje artificial.

La resistencia de fricción, a pesar de ser la

más importante, es menos modificable que la de las olas, varía poco con la forma; depende casi exclusivamente de la cantidad y calidad de superficie mojada que tenga el casco.

LAS MAQUINAS PROPULSORAS DE LOS TRASATLANTICOS

El elegir las mejores máquinas para conquistar la Cinta Azul, 160.000 caballos, con un mínimo de consumo y una seguridad absoluta, no es juego de niños.

El problema es hoy más complicado, por la variedad de proposiciones que existen. Desde luego, por razones de menor consumo y peso, disminución de personal, mucha mayor limpieza y más fácil estiba; el petróleo ha desplazado enteramente al carbón en los trasatlánticos.

El petróleo sirve, bien para que su llama produzca vapor en calderas y este vapor mueva turbinas o máquinas alternativas, o bien para que, convenientemente mezclado con alre, produzca explosiones en los cilindros de motores Diesel, que al fin resultan en un movimiento rotatorio del eje portahélice.

Ni las máquinas alternativas de vapor ni los motores Diesel resultan hoy convenientes para tales potencias (el «Normandie» lleva 40.000 caballos en cada eje), las primeras porque resultarían pesadísimas, jamás se han construido de estos tamaños; y de los motores, el mayor Diesel marino construido tiene 18.000 caballos, y la idea de sumar potencia con varios motores rápidos acoplados, aunque se ha propuesto, no se ha aceptado, porque estos motores rápidos están aún poco probados, resultando la idea demasiado atrevida para tantos millones de gasto. Los proyectistas de estos colosales prefieren elegir lo bien probado: calderas de no muy alta presión y turbinas de vapor, que se vienen empleando hace más de treinta años, y que se han construido para mayores potencias; los portaviones norteamericanos «Lexington» y «Saratoga» tienen 200.000 caballos en cuatro ejes.

Como las turbinas giran a miles de revoluciones y las hélices, para su mayor rendimiento, alrededor de un par de cientos, se presenta otro problema: elegir un reductor de la velocidad entre las turbinas y las hélices; los ingleses, los alemanes y los italianos han preferido unas ruedas de engrases; los franceses y los norteamericanos (buques de guerra), la transmisión eléctrica, en que las turbinas accionan directamente unas dinamos que se conectan por cables a unos motores eléctricos en los ejes portahélices, que giran a la velocidad deseada.

Para quienes hacen comparaciones entre el transporte aéreo y el marítimo, llegando hasta profetizar la pronta desaparición del buque trasatlántico de pasaje, no estará de más una aclaración: los buques, tanto el casco como la máquina, se construyen más con la idea de «regularidad» que de «velocidad», en frase expresiva de un célebre ingeniero naval, «los supertrasatlánticos son más elefantes que galgos». Sus máquinas pueden trabajar veinticinco años con perfecto rendimiento, funcionando día y noche la mayor parte del año; un motor de Aviación escasamente resistiría medio año de este trabajo. La diferencia se ve palpablemente en los pesos de ambas máquinas: las de un supertrasatlántico moderno desarrollan de 10 a 15 CV por tonelada, mientras un motor de Aviación corriente de este peso desarrollaría de 1.000 a 1.500 CV. Comparemos también su potencia por tonelada de peso total: el «Normandie» tiene 2.1-2 CV y el hidroavión gigante «Dornier X», tiene 120 CV. Como se ve, hay aun mucho margen si se llegara

a sentir la competencia de las aeronaves a los buques.

EN LOS SIGLOS DE LOS REMEROS

Habiendo descrito, aunque sea evitando demasiadas complicaciones, los misterios de los «erecotes» trasatlánticos, es interesante dar una mirada retrospectiva al progreso de la velocidad en el mar.

Hay restos de barcos egipcios, de treinta siglos antes de J. C., que se propulsaban por paletas parecidas a las que hoy se usan en las piraguas.

La introducción de los remos, en que las paletas tienen un punto de apoyo para aprovechar mejor la fuerza humana, se encuentra en barcos egipcios, fenicios y griegos diez siglos antes de J. C. Después empezaron a construirse las naves guerreras con dos bancos de remos; birremes; luego los triremes, cuadrirremes, etc., hasta diez bancos de remeros escalonados, según cuentan algunos historiadores.

Por estos tiempos se tenían nociones de la forma del casco: los romanos llamaban «largos» cuando su eslora era unas cinco veces su manga, y «redondos» cuando era unas tres veces. Sin embargo, hay barcos griegos y fenicios con la proporción de eslora a manga de ocho veces, lo mismo que el «Normandie».

La vida de los remeros en el Mediterráneo era muy dura. Reclutados entre esclavos, presidiarios y cautivos, remaban en algunas galeras hasta veinticuatro horas del día, metiéndoles pan duro en la boca para que no desfallecieran, y viviendo a latigazos; estaban encadenados a los bancos de remos unos seis meses, y hubo quienes lo soportaron veinte años.

En general había tres remeros por remo; en combate remaban los tres, y en navegación normal sólo uno, relevándose cada ocho horas; la velocidad, de este modo, era de tres a cuatro nudos (1 y medio k. p. h.), y en combate, de cinco a seis nudos (11 k. p. h.) Nótese que por el año 1650 las diligencias más rápidas hacían 7 k. p. h.; en 1700 hacían 12 k. p. h., y en 1819 llegaban sólo a 1 k. p. h.

Es de observar también que de unas mediciones y cálculos que se han hecho recientemente de los remeros de las Universidades de Oxford y Cambridge, cada uno de ellos equivale a 1.09 HP. Estos cálculos se hicieron teniendo en cuenta todos los movimientos y esfuerzos del cuerpo, pero por otro procedimiento. Midiendo el oxígeno que necesitaban los remeros de la Universidad de Yale se vino a la conclusión de que el «combustible» inhalado equivalía a 1.25 HP.; los 0.16 HP. de diferencia es de suponer, si los cálculos fueran exactos, que se desperdiciaban en movimientos internos del cuerpo humano.

Recuérdese que el «Horse Power», la unidad de potencia inglesa, la calculó Watt basándose en el poder de tracción de los caballos percherones, ahí su nombre de caballo de potencia en el sistema métrico; el CV. (caballo vapor) tiene casi el mismo valor. Pero estos esfuerzos los soportan los atletas sólo en los diecinueve minutos que dura la regata; en una jornada de trabajo el hombre equivale aproximadamente a 1-8 de HP.

LOS SIGLOS DE VELA

Pocos siglos después del remo aparece la vela. Estas, lo mismo que ahora, consistían en un palo casi vertical con otro en forma de cruz, sobre el que se desplegaba a lona, que aprovechaba la presión del viento.

Hasta los siglos XIV y XV los veleros no adquirieron preponderancia sobre las galeras. Hay dos motivos que desplazan a los remeros: la introducción de la artillería en los costados de las naves y el descubrimiento de América, que necesitaba de barcos trasatlánticos con una máxima capacidad de carga.

La «Santa María» era una carabela de 24.50 metros de eslora en la flotación y 7.8 metros de manga, la misma forma redondeada que tiene un bote pequeño, un chinchorro. Su palo mayor tenía 27 metros, la superficie total del velamen era de 400 metros cuadrados. Su velocidad sería, con buen viento y mar, de unos seis nudos; en la travesía tardó 60 días.

Los veleros más notables, desde el punto de vista

velocidad, son los cliper preciosas fragatas que navegaron a mediados del siglo pasado para traer opio y té de la China por el Cabo de Buena Esperanza y Inglaterra, regateando en esta navegación, de medio mundo y tres o cuatro meses, con el mismo entusiasmo y mayor pericia que unos balandros en una bahía; para hacer hoy las mismas travesías se necesitaría triplicar la tripulación.

Los cliper eran barcos de casco muy esbelto, formando con sus innumerables velas un conjunto tan bello que constituyen el más solicitado motivo decorativo en arte naval; tenían unos 65 metros de eslora, 11 metros de manga, 1.400 toneladas de desplazamiento y 1.800 metros cuadrados de velamen. El «Cutty Sark», construido en 1869, llegó a hacer solo a vela, 17 y medio nudos en una singladura (24 horas); 363 millas, que son 15 nudos de velocidad; y en 30 singladuras consecutivas, 7.678 millas, o sea, a 10.7 nudos de promedio. Cuántos vapores no llegan hoy a esa marcha.

Otro velero, el «Sovereign of the seas», hizo en 1853 de Nueva York a Liverpool en 13 días, 22 horas y 50 minutos. Otro, el «Linghting», construido en 1854, hizo en el mismo año, 436 millas en una singladura, o sean, 18.2 nudos de promedio; éste es el «record» mundial de buques de vela.

PROPULSION MECANICA

En 1543 el español Blasco de Garay, adelantándose en más de dos siglos al progreso, navegaba en el puerto de Barcelona con una máquina de vapor de su invención montada en una nave de 200 toneladas; la velocidad fué de una legua por hora, aproximadamente tres nudos. Después de este gran precursor, cada nación asigna a su patrimonio científico la prioridad de navegación a vapor; pero hasta principio del siglo pasado la propulsión mecánica no comenzó a prosperar.

La navegación a vapor en España comenzó en 1817 con un servicio regular entre Sevilla, Sanlúcar y Cádiz por el barco construido en Triana «Real Fernando»; hacía de cuatro a seis nudos. Es de observar que este es uno de los primeros servicios de vapores en el mundo.

En 1833 se cruzó el Atlántico por primera vez enteramente a vapor; fué el «Royal William», que tardó 25 días en el viaje; al año siguiente lo comprobó la Marina de guerra española, dándole el nombre de «Isabel II».

De aquí los acontecimientos se amontonan: En 1838 el «Great Western», de 72 metros, hacía 8,2 nudos en una singladura. En 1856 se construyó el trasatlántico «Persia», de hierro, de 4.000 HP. y 14 nudos. En 1862 el «Scotia», el último gran trasatlántico de paletas (sustituídas por la hélice, usada desde 1836) de 5.000 HP., bate el «record» New York-Liverpool en 8 días, 22 horas. En 1869 el «City of Brussels» se posesiona de la Cinta Azul, a 14 y medio nudos; en 1882 tenemos el «Aurania», de 17 nudos; en 1888 el «Paris», de 161 metros y 22 nudos; en 1897 el «Kaiser wilheim der grosse» de 190.5 metros, 21.000 toneladas de desplazamiento, 30.000 HP. y 22,5 nudos; en 1907 el «Lusitania» gemelo del «Mauretania», hacía 25 nudos.

De 1909 a 1930 ha poseído la Cinta Azul el célebre «Mauretania», de 232 metros, 44.600 toneladas y 70.000 HP.; quemando carbón atravesó el Atlántico a 25.58 nudos; convertido a petróleo en 1923, lo atravesó a 26.25 nudos, llegando a hacer 27,2 nudos en 1929.

Desde 1930 el alemán «Bremen», de 286 metros, 32.000 toneladas y cien mil CV., tiene la Cinta Azul; en noviembre de 1934 atravesó el Atlántico de la Roca del Obispo en las Islas Scilly al Faro Ambrose en Nueva York: 3.192 millas, en 4 días, 14 horas y 27 minutos, a 28.51 nudos.

Desde 1933 el italiano «Rex», de 268 metros, 48.000 toneladas y 124.000 CV., bate el «record»: de Gibraltar a Nueva York, en 4 días, 14 horas y 58 minutos, a 28.92 nudos.

El 3 de junio de 1935 el francés «Normandie», de 160.000 CV., 78.500 toneladas y 293,20 metros

Devuelva a sus Glándulas el Vigor de la Juventud en 24 Horas

Este nuevo descubrimiento devuelve los placeres de la Vida a hombres que se sentían viejos prematuramente.



Hombres Jovenes y Vigorosos Cautivan a Las Mujeres Bellas

¿Se siente Usted mas viejo de lo que es? ¿Le falta la vida y animación de la juventud? ¿Le emocionan todavía las mujeres bellas? ¿Sufrir de pérdida del vigor, debilidad del cuerpo y de la memoria, nerviosidad, sangre impura, piel enferma, depresión o sueño intranquilo? O en otras palabras, ¿se siente completo o solamente es hombre a medias?

Si su cuerpo ha perdido su vitalidad y está exhausto no debe continuar sufriendo ni un día mas de tal inferioridad, física porque el descubrimiento de un eminente Médico hace posible el que recupere su vigor y animación de juventud.

El Vigor de Juventud Restaurado

Al avanzar en edad y al gozar excesivamente sufre Usted de ciertas penalidades de las que puede ahora libertarse restaurando su vigor glandular por medio de este nuevo descubrimiento.

Todos los Médicos, en el mundo, están de acuerdo que la fuerza vital que nos empuja adelante en la vida y produce la juventud y vitalidad reside en las glándulas. Es bien sabido que ciertos genios notables por su fuerza, resistencia, valor y talento tales como Napoleón, Cesar, Marco Antonio y Victor Hugo fueron los dueños afortunados de un sistema glandular tremendamente activo.

Un médico eminente, con mas de 30 años de experiencia ha perfeccionado una combinación de ingredientes que trabajan a toda velocidad en crear sangre rica y roja, entonar los nervios y sobre todo activar, estimular y fortificar las glándulas. Esta notable prescripción actúa pues en un sentido completamente natural restaurando el vigor y la vitalidad de juventud a quienes sufren de prematuro envejecimiento en sus glándulas. Este descubrimiento conocido como Varko se ofrece en forma de tabletas agradables y fáciles de tomarse, que pueden usarse secretamente si así se desea de modo que en poco tiempo pueda sorprenderse a los amigos con la restauración del vigor y la vitalidad.



Los Médicos Elogian Varko

El Doctor N. G. Giannini, notable cirujano y médico Europeo declaró recientemente: "Muchos hombres de ciencia

son de opinión que el secreto del vigor y vitalidad de la juventud está en las glándulas. Basado en mis muchos años de experiencias, estudio y práctica soy de opinión que la fórmula médica conocida como Varko representa el método interno mas moderno y científico para estimular y vigorizar las glándulas restaurando así el vigor y vitalidad de la juventud en el cuerpo. Todos necesitan, alguna vez, un tratamiento tal como Varko, algunos mas pronto que otros, pero ninguno cometerá error alguno al probar este tratamiento cuando necesite recuperar la animación de su juventud."

Buenos Resultados en 24 Horas

Como Varko está preparado científicamente para actuar directamente y estimular las glándulas no es preciso aguardar mucho tiempo para palpar los resultados. A las 24 horas muchos hombres notan un aumento considerable de su vitalidad y en una semana la mayor parte de quienes lo toman se sienten y parecen 10 años mas jóvenes. El cambio en algunos hombres parece milagroso.

Se Garantizan Estos Resultados

Los resultados producidos por Varko son tan sorprendentes, tratándose de hombres débiles y prematuramente viejos, en todos los países de la Tierra, que ahora se ofrece bajo garantía absoluta de satisfacción completa o no costarle nada. Bajo nuestra garantía escrita adquiere Varko de su farmacéutico hoy mismo. Vea por sí mismo la nueva fuerza y vitalidad que corre por su cuerpo. Vea como puede sentir interés en los placeres de la vida y como es capaz de gozar de ellos mejor que nunca. Y si por alguna razón Usted no queda convencido de que Varko vale diez veces su pequeño costo devuelva el paquete vacío y el precio total que pagó por él le será retornado sin preguntas ni argumentos. Adquiera Varko de su farmacéutico hoy mismo. Nuestra garantía lo protege.

Para Restaurar Vigor, Vitalidad

Varko • Garantizado

en la flotación, ha cubierto la misma ruta del «Bremen», en cuatro días, 11 horas y 33 minutos a 29.68 nudos; la última singladura la hizo a 31.55 nudos. En el viaje de regreso ha batido su propio «record», haciendo 30.33 nudos de promedio.

Aunque en buques de guerra se hayan excedido estas velocidades, sus máquinas no están proyectadas para el servicio regular de los trasatlánticos ni llegan sus cascos al tamaño del «Normandie»; el mayor es el crucero acorazado «Hood»: a un des-

plazamiento de 41.200 toneladas hizo en pruebas 31.9 nudos; el portaviones «Saratoga», de 39.000 toneladas, ha hecho 33 nudos; éste y el «Lexington» son los buques de mayor potencia que existen. El «record» de destructores, también francés, es de 44 nudos.

La velocidad máxima sobre el agua pertenece al hidroplano «Miss América X», de 11.6 metros, 8 toneladas y 7.000 HP.; ha hecho 160 nudos, o sea, cerca de 250 kilómetros por hora.

A pesar del numeroso personal consagrado exclusivamente a servirla, la señora Gilchrist, la riquísima señora Gilchrist, cuidaba con mucho celo el gobierno de su casa. Después del desayuno se complacía en echar una mirada a los menús del almuerzo y de la cena, y no era raro que surgiera tal o cual pequeño cambio. Esa mañana, cinco o seis días antes de la semana de carreras de Stockbury, revisaba como de costumbre la correspondencia en el escritorio de palo de limonero, mientras miss Barnforth, su devota secretaria, se ocupaba en otros quehaceres en un ángulo de la habitación. Un ligero golpe de tos, cerca de la puerta, le hizo volver la cabeza y vió, en el quicio, a Birkin, el incomparable mayordomo.

—¿Qué ocurre, Birkin? —preguntó—. ¿Tiene algo que decirme?

—¡Ah, señora! Le traigo una noticia bien desagradable. Va a ser necesario que me ausente por algunos días.

—¿Cómo?

Y la señora Gilchrist, que se había vuelto a medias, dió, asombrada, una vuelta completa en su silla.

—¡Pero eso es imposible, Birkin!...

Sólo entonces se dió cuenta la señora de que Birkin estaba lívido y se apoyaba pesadamente en el respaldo de un auténtico sillón Chippendale.

—¡Birkin! —gritó—. ¿Qué le pasa? ¿Está enfermo?

—Eso me temo, señora. Créame que siento haberme enfermado en un momento tan inoportuno; pero acabo de ver al médico, quien me ha ordenado internarme inmediatamente en el hospital. Tengo un ataque agudo de apendicitis y debo operarme con urgencia.

—¡Dios mío! Es una calamidad, Birkin... Naturalmente, no le hago ningún reproche.

—Gracias, señora.

—Pero... pensar en todas las invitaciones que he enviado para la próxima semana de carreras... Verdaderamente, Birkin, no sé cómo me voy a arreglar sin usted. ¿Qué puedo hacer?

—Yo he pensado, señora... —dijo el mayordomo, que a pesar suyo se retorció de dolor—. Me parece que Alfredo podría reemplazarme momentáneamente, y si mi sobrino, que le recomiendo como de toda confianza, lo substituyera a él como valet, el servicio no se desorganizaría durante mi ausencia...

—Debe tener razón, Birkin; me parece que es la única solución. Si usted pudiera tomar las disposiciones necesarias antes de partir...

—Si la señora me permite, le diré que ya me he tomado esa libertad. Mi sobrino estará aquí para la hora del desayuno. Y ahora, con el permiso de la señora, me voy a retirar...

—Desde luego, Birkin. Lo que ocurre es muy molesto; pero comprendo su situación. Es necesario que me resigne.

Y el incomparable Birkin, soltando el respaldo del Chippendale, se dirigió, tambaleante, hacia la puerta y desapareció.

x x x

La señora Gilchrist quedó un momento desconcertada, lo que se explica: treinta invitados iban a llegar en el curso de la próxima semana y todavía tuvo la mala suerte de escuchar, por boca de miss Barnforth, que uno de esos invitados había comunicado por teléfono que le sería imposible concurrir.

—¿De veras? —dijo en tono agudo—. No parece sino que el destino estuviera en contra de mí. Uno de mis invitados se excusa, y para colmo es un hombre. ¿Qué haremos para completar la lista? —¿A quién podríamos invitar?... ¿Dónde está mi libro de direcciones?

Miss Barnforth se apresuró a ir en busca del libro, y la señora Gilchrist, para disipar su mal humor, se puso a revolver con rabia los papeles que había sobre el escritorio de palo de limonero. Y, sea que el destino continuara persiguiéndola, sea que, por el contrario, la favoreciera, el hecho es que su vista se fijó en una tarjeta de visita en la que se leía, en caracteres góticos, el nombre del barón Boris Bollheim. ¿Quién era el barón Boris Bollheim y cómo había llegado esa tarjeta



hasta allí? Se hizo mentalmente esa pregunta, que repitió en voz alta a miss Barnforth, cuando entraba con el libro de direcciones.

—Salvo error —dijo la secretaria—, ese señor debe haber venido con alguno de los invitados a la velada musical de la semana pasada, por lo que se habrá creído obligado a dejar su tarjeta.

—He ahí un señor bien educado —dijo la señora Gilchrist—; pásame el libro.

Comenzó distraídamente a dar vuelta a las hojas en busca del nombre de alguna persona a quien pudiera invitar; pero no pensando sino en el fino gesto del barón, que lo revelaba como un hombre de mundo, acostumbrado a las grandes maneras. En los tiempos que corrían, aquello merecía ser correspondido. Examinó otra vez la tarjeta. Escrita con lápiz se leía la dirección de una calle que le era completamente desconocida; pero eso no tenía importancia; ¡había tantas calles que ella ignoraba por completo! Y si el barón era un extranjero que no estaba más que de paso en el país, no podía juzgársele por un detalle de esa índole. En suma, ella lo había recibido en su casa y nadie le había insinuado, siquiera, que no se tratara de una persona completamente digna.

—El barón no puede ser otra cosa que un caballero —pensaba ella—; es un gesto sumamente galante, eso de haber venido a casa a dejar su tarjeta. Lo voy a invitar; será el único extranjero, y yo creo siempre en los invitados de último momento.

Dicho esto, la señora Gilchrist cerró su libro de direcciones, comunicó a miss Barnforth su decisión, tomó la pluma y escribió, inmediatamente, una invitación al barón. El tercer valet la puso en el correo y la carta llegó a West Kensington a las seis de la tarde.

x x x

La carta fué una sorpresa para el barón, que la recibió en el momento en que estaba en el comedor, que le servía también de dormitorio. Una verdadera sorpresa. Estaba en Inglaterra desde hacía seis semanas, y durante ese tiempo había

visitado muchísimas casas importantes, en algunas de las cuales no le fué posible pasar más que un rato en el vestíbulo. En particular en la casa de la señora Gilchrist, de cuyo nombre y dirección no se acordaba perfectamente. El mayordomo, no obstante, le dijo «no necesitamos nada», gracias, sino que le dió con la puerta en las narices.

Es que, desde su puesto, Birkin había visto al barón llamar a las casas vecinas y mostrar una caja de cartón que llevaba bajo su brazo izquierdo.

—Yo me encargo de hacer ver a estos invitados —había murmurado— que aquí no van a haber acontecimientos permitían

Y en un momento de mal humor, producidos

reparto de los asientos, al barón Boris Bollheim le tocó el "compartimiento del hombre", pero el resultado de la aventura fué mucho más agradable de lo que los acontecimientos permitían suponer.

por la exacerbación de los dolores que le causaba el apéndice, se adelantó a Alfredo para ir él mismo a abrir la puerta, a fin de despejar el paso. Un segundo acceso de dolor fué sin duda la causa de que Birkin no viera la tarjeta de visita que el intruso dejó en el vestíbulo y que, descubierta más tarde por alguien de la servidumbre, fué a parar al escritorio de palo de limonero. Pero si se piensa que el mayordomo, con su experiencia de las gentes, se había equivocado sobre las verdaderas intenciones del visitante, se comete un grave error. Porque el barón, por una extraña fatalidad que perseguía a su familia, había perdido toda su fortuna en una serie de cataclismos a la vez políticos y financieros, y desde hacía años estaba, como se dice «sin un cobre». Si había venido a Inglaterra era porque, en primer lugar, en su país de origen la leyenda quería que fuera siempre un caballero riquísimo, hospitalario con los señores extranjeros caídos en la pobreza y, por otra parte, para tratar de colocar aquí alguno de los fantásticos objetos calados que se fabricaban en la región de sus antiguos dominios.

Y, Mein Gott!, se encontraba en una situación desesperada en esta Inglaterra, que era capaz de fabricar, ella misma, todos los fantásticos objetos calados que necesitaba.

Así, las suelas de sus zapatos se hacían más y más delgadas cada día; los refrigerios que tomaba en su comedor-dormitorio, eran menos copiosos y más espaciados, y las esperanzas concebidas al desembarcar, más débiles y vacilantes.

Cuando le llegó la sorprendente invitación, le pareció que se había producido un fenómeno inexplicable. Siempre le habían pintado a los ingleses como gentes que ocultaban, bajo la máscara de su flemma exterior, un corazón de oro. Tal vez la señora de Gilchrist, habiéndose conocido alguno de sus parientes en pasadas épocas de esplendor, o quizá amaba a su querido y desgraciado país, o pudiera ser también que, habiendo visto cómo el mayordomo le rehusaba la entrada a la casa, quisiera con tanta gracia como tacto, vengarlo de esa injuria...

De cualquier manera, el lunes siguiente, habiendo arreglado una miserable valija y envuelto con todo cuidado su caja de calados, el barón Bollheim tomó el ómnibus hasta Saint-Pancrase, donde subió a un vagón de tercera clase del tren que lo dejaba horas más tarde en la estación de Great Weddington. Como era el único invitado que no traía su auto particular, fué recibido en la estación por una de las grandes limousines de la señora Gilchrist, que lo condujo a través de una hermosa campiña a un parque más hermoso todavía.

x x x

Con el alma dilatada, no se fijó en el gesto de asombro del chofer, cuando le dijo que la valija y la caja constituían todo su equipaje, y que no traía «valet de chambre». Se recostó voluptuosamente en los cojines del asiento, aspiró el aire, bien diferente por cierto del de West Kensington, y no dedicó siquiera un pensamiento al mayordomo, al que, por otra parte, no recordó tampoco a su llegada, ya que Alfredo, que entonces lo reemplazaba, le era completamente desconocido.

—Por aquí, señor —le dijo Alfredo, que estaba, en la ocasión, tal vez más nervioso que el mismo barón.

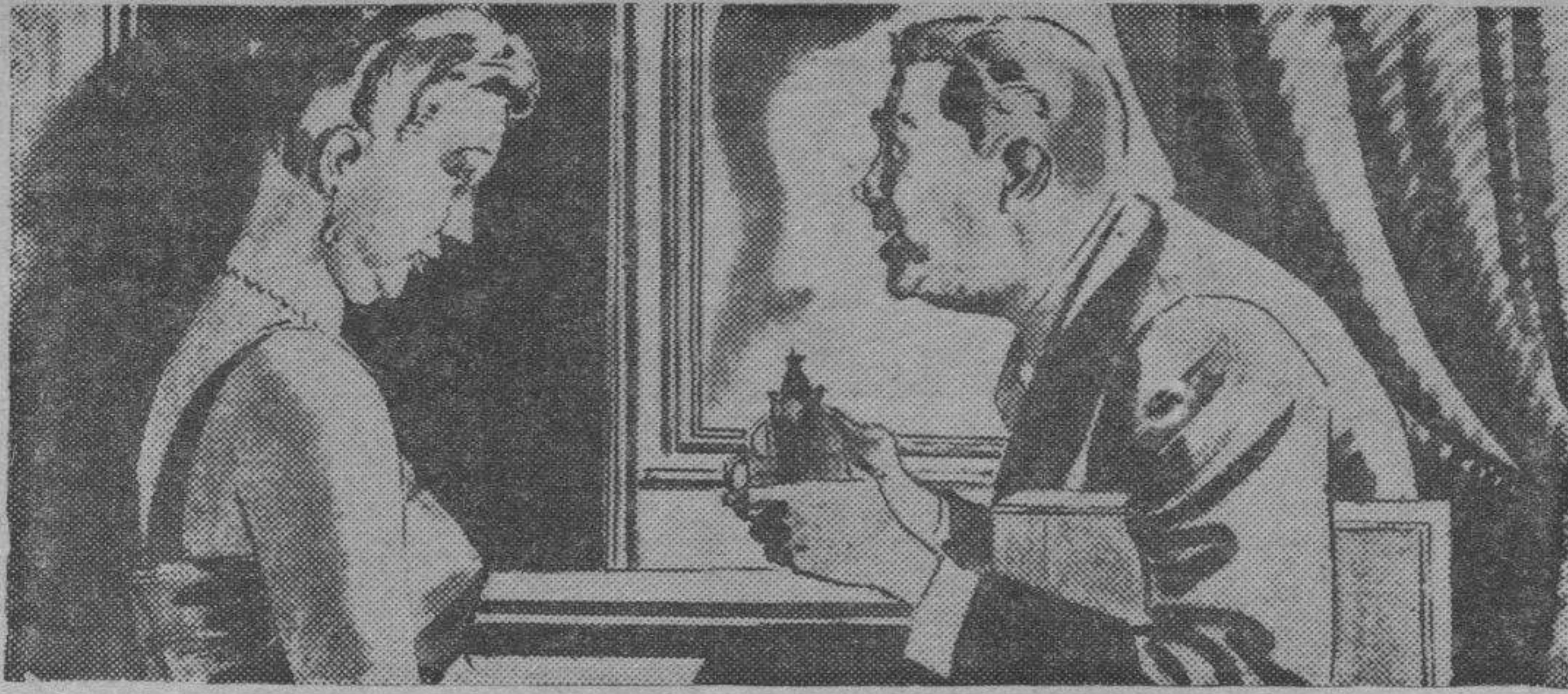
Por un camino de maravillosos tapices, Alfredo lo guió hasta la magnífica escalera, y en seguida, inclinándose y preguntándole su nombre, lo lanzó con voz tonante en medio de un gran salón que hervía materialmente de damas y caballeros, todos vestidos a la última moda y con la más costosa elegancia.

—¡Barón Boris Bollheim!

Al oír este nombre algunos de los invitados miraron en torno suyo y otros hicieron un movimiento displicente, pero no se volvieron. La mayoría continuó tranquilamente su conversación. El barón, como observara que una corpulenta dama, hundida en un sofá cerca de la chimenea, hacía esfuerzos considerables para darse vuelta y tendía hacia él un brazo regordete, comprendió que se trataba de la dueña de la casa. Se aproximó vivamente a ella, juntó sus talones, se in-

LA AVVENTURA DEL BARON BORIS BOLLHEIM

MIS MACKAI



clinó y, tomando la mano que se le extendía, depositó en su dorso un beso.

—Me siento muy honrado —murmuró—, es una gran bondad de vuestra parte; una gran gentileza... muy honrado...

La señora Gilchrist no recordaba haberlo visto en su velada musical; pero como se atribuía en esa materia una autoridad infalible, no dudó un instante de que se trataba de un verdadero caballero. «Evidentemente, los extranjeros se visten con sastres muy raros— pensó al ver lo grande que le quedaba el frack a su invitado— y seguramente tienen ideas propias acerca del arte de vestir.» Este último pensamiento surgió en ella al observar, que si el barón no llevara una bien llamativa corbata, verde y amarilla, parecería vestido de duelo. Pero no se sorprendió demasiado por sus observaciones. De una cosa no tenía duda: sus maneras eran las de un caballero. No lamentaba en modo alguno haberlo invitado.

—Os agradezco mucho —dijo— que hayáis podido, en un tiempo tan corto, arreglaros para venir, y me siento desolada de no haber estado el otro día en el momento de vuestra visita. Espero que no os aburriréis en Inglaterra.

El barón se cuadró e inclinó la cabeza emitiendo una especie de murmullo. Tres frases dichas de golpe eran demasiado para él; pero de cualquier manera, su deseo de ser agradable era evidente.

—Y bien, señor barón; voy ahora a presentaros a mis otros invitados.

Y las presentaciones comenzaron. A cada una, el barón se cuadraba, juntaba sus talones y saludaba, a cambio de lo cual recibía una inclinación displicente o una mirada flemática. Pero estaba a cien leguas de sentirse ofendido. Lo único que lo entristecía era el espectáculo de una numerosa servidumbre ocupada en levantar el servicio de té, pues se había contentado esa mañana con un desayuno excesivamente ligero, a la moda continental, y, más tarde, a un almuerzo apenas digno de ese nombre. En cuanto a la idea de utilizar el vagón comedor del tren, ni siquiera le pasó por la mente.

Desde luego que todas esas circunstancias eran ignoradas por la gentil dueña de la casa. Si Birkin hubiera estado en su puesto, aun a esa hora tan avanzada, no habría tardado un minuto en aparecer con otro servicio de té y un suplemento de bizcochos; pero Alfredo, que lo reemplazaba, estaba demasiado ocupado con los preparativos de una gran cena, para distraerse con esas minucias ni siquiera un segundo.

El servicio de té fué levantado bien pronto. El barón comenzó a suspirar en forma harto elocuente, y cuando se enteró de que la cena no sería servida hasta después de las ocho y media, los espasmos de su estómago se hicieron intolerables.

Aceptó la idea que le sugirió la señora Gilchrist de hacerse mostrar su habitación, con la secreta esperanza de hallar, en la mesa de luz, una caja de bizcochos. Pero ni traza de bizcochos. Había seis toallas y quince jabones en el cuarto de baño, y flores, libros, sales de fruta, guías de ferrocarriles, barras de lacre para cartas, y hasta un sacacorchos; pero desgraciadamente nada con que saciar el hambre. Y, para aumentar sus desgracias, alguien había deshecho la caja de cartón y

colocado cuidadosamente al lado de su traje, extendido sobre la cama, sus muestras de objetos calados, como si se tratara de atributos honoríficos.

Los recogió y los puso en orden dentro de la caja, porque no perdía la esperanza de venderlos cuando se le presentara una ocasión favorable. Era seguro que tal ocasión no se produciría esa noche. Se estaba vistiendo cuando, al sentir un golpe de gong, se lanzó apresuradamente escaleras abajo, para ir a caer en los brazos del sobrino de Birkin, que subía.

—No es más que la primera llamada, señor, para anunciar a los invitados que pueden irse vistiendo — le dijo el criado en tono irónico.

Volvió a subir a su cuarto donde, a la espera del segundo llamado, caminaba de un lado a otro, o bien se tendía sobre un sofá, del que pronto se levantaba para volver a comenzar sus paseos. Por fin sonó el segundo gong. «La señal de la cena», se dijo; pero conocía poco las costumbres inglesas. Pasó diez minutos absolutamente solo en el salón amarillo, hasta que apareció una jovencita que se puso a contemplarlo con desconfianza y horror. Diez minutos más tarde, no había aún más que un pequeño grupo de comensales. Por fin, a las nueve, apareció la señora Gilchrist en persona. Alfredo abrió entonces de par en par las puertas del suntuoso comedor, del que llegó el más delicioso olor que jamás hiriera las narices del barón. Los invitados avanzaron lentamente.

x x x

Se adivina sin dificultad el espectáculo que presentaba el comedor con los suntuosos manteles, las flores, la platería y los cristales. Hubo, como siempre, un momento de indecisión.

El barón se sentó al cabo en el lugar que le estaba designado, entre una de las señoritas de Trudle y lady Doldrum.

El menú anunciaba trucha azul. Echando una ávida mirada a su alrededor, el barón vió que el consabido plato avanzada hacia él por la izquierda. Y cuando más cerca se encontraba, más y más lo miraba. La fuente llegó hasta miss Trudle. Quedaba solamente una trucha, que ella se sirvió y roció delicadamente con salsa, bajo la mirada del barón; pero nada quedó para él. Se volvió hacia su otra vecina y es posible juzgar su emoción cuando comprobó que lady Doldrum se dedicaba, con entera satisfacción, a mascar y deglutir.

Adonde quiera que dirigía la vista, todos hacían lo mismo. Después que le ofrecieron, a guisa de entrada, un poco de jugo de carne, creyó comprender el mecanismo del servicio. Los platos partían en dos hileras de dos puntos opuestos, a manera de las agujas de un reloj, y recorrían así cada uno de los costados de la mesa hasta que, teóricamente, todos los invitados estaban servidos. Uno de esos puntos era su vecina de la derecha, que tenía, por lo tanto, cada vez, la ventaja de poder elegir; mientras que el otro, enfrente, parecía ser la dueña de la casa. Tuvo la curiosidad de comprobar si había a la derecha de la dueña de casa, una víctima correspondiente; pero sin duda uno de los costados del servicio estaba mejor provisto que el otro, o tal vez había, en el semicírculo del que formaba parte, un comensal particularmente voraz: Es costumbre que

el invitado sentado en el sitio de honor, haga gala de buen apetito.

El infortunado barón no se explicaba cómo, siendo uno de los costados de la mesa tan cuidadosamente servido, en el otro faltaran virtualmente de las cosas, había cometido un grave error al hacer partir los dos servicios de ambos costados de la señora Gilchrist. Sufriendo todos los males de Tántalo, el barón sentía que se olvidaba del poco inglés que nunca supo y no sabía qué actitud adoptar con sus alegres vecinas de mesa.

—Y bien, barón —le dijo Imogenia Trudle, sirviéndose la última porción de una deliciosa «torta sorpresa»—, ¿todavía en el rincón del hambre? No tenéis suerte.

Esforzándose por sonreír ante esta salida, aunque estuviese bien lejos de apreciar la broma, el barón se volvió hacia lady Doldrum, quien repitió la curiosa frase.

—¡Pero, barón, si ocupáis el rincón del hambre!

Y se echó a reír, mientras saboreaba una riquísima crema de chocolate.

—¡Bah! Ya os resarciréis en otra ocasión— agregó.

El rió también; pero su risa sonó a falso. ¿Era esa una broma británica? ¿Una de las maneras incomprendibles pero nacionales que tenían esas gentes de divertirse en su horrible país? La cortesía exigía que simulara prestarse de buen grado a la broma; pero se equivocaban si creían que iban a sorprender nuevamente. El tenía su idea... y de una mirada se fijó en el lugar más seguro de la mesa. El ser extranjero no significaba que fuera ningún tonto; así que si sobrevivía hasta el almuerzo del día siguiente, no vacilaría sobre lo que tenía que hacer.

¡El rincón del hambre! ¿En qué otro país hubieran podido inventar semejante juego y semejante frase? En todo caso, otro iría a sentarse en ese rincón al día siguiente. El barón Bollheim ocuparía una silla junto a la dueña de casa, que había permitido tal ultraje.

Y no sobre el lado peligroso de la mesa, sino sobre aquél en que los platos llegaban siempre llenos.

Posiblemente, no había en su audacia más que el coraje de la desesperación o la influencia del champaña con que había inundado su estómago vacío. Pero el barón tenía la determinación tenaz, y, cuando se fué a acostar, los efectos de sus libaciones habían desaparecido, pero no así su resolución.

Evidentemente no iba a poder desquitarse con el desayuno. Algunos pequeños panes, manteca y café, fué todo lo que pasó por su garganta a la otra mañana. No teniendo gran pasión por el ejercicio, pasó las horas derrumbado en un sofá cerca del fuego, dejando que los demás afrontaran los rigores de la estación. Pero a la hora del almuerzo estaba completamente despejado y pronto para «el ataque». En el momento en que todo el mundo entraba al comedor, se llevó por delante a lord Pudsey, a quien la dueña de casa había pedido que se sentara a su izquierda, y tomando con ambas manos el respaldo de la silla, lo mantuvo en un ángulo tal, que Su Señoría tuvo que ir a acomodarse a otra parte. Durante el almuerzo no se ponían tarjetas de bordes dorados con el nombre de cada comensal y la acción del barón fué tan imprevista y realizada con tal rapidez, que la señora Gilchrist no se dió cuenta de nada hasta el momento en que, dándose vuelta para tomar el caviar, se encontró de manos a boca con el barón Bollheim sentado a su lado.

—¡Ah! —dijo desconcertada—; buenos días, barón. Espero que habréis dormido bien.

—Muy bien, gracias, señora. Muy amable...

Y como le ofreciera caviar:

—¡Ah! —dijo—, caviar blanco, caviar del Caspio. ¡Muy bueno!

—Me encanta que os agrade —dijo la señora Gilchrist, que se puso muy contenta ante esa apreciación a un artículo del que se hacía traer remesas especiales—. Yo lo importo especialmente, ¿sabéis?...

—¡Muy bueno! —repitió el barón—, delicioso, me gusta mucho!

x x x

Así comenzaron a formarse entre ellos los primeros anillos de una sólida cadena. Lord Pudsey pudo gruñir y resoplar a la distancia y pudo también mirar con ojos terribles a sus dos vecinas de mesa; la señora Gilchrist parecía haberse olvidado hasta de su existencia. Le contaba al barón, en quien encontró el más simpático de los oyentes, las dificultades que había tenido que salvar para hacer venir los espárragos del medio día de Francia. Y el barón le respondía ilustrándola sobre los «paprika».

El tiempo volaba y el almuerzo tocó bien pronto a su fin. Toda la banda de huéspedes partió en caravana hacia las carreras, donde el barón, concentrando el tiempo fresco y húmedo, se refugió en una de las limousines, en la que durmió hasta que todos iniciaron el retorno. Una vez en la casa, tuvo la satisfacción de encontrar el té servido. A las ocho, miss Barnforth daba de nuevo la vuelta al inmenso comedor para distribuir las tarjetas con canto dorado y, veinte minutos después, el barón Bollheim entraba en ese mismo comedor con aire furtivo pero inflexible, y controlando la obra de miss Barnforth, efectuaba una corrección que juzgaba infinitamente deseable y necesaria.

Por este medio, ocupó una segunda vez la izquierda de la señora Gilchrist, mientras el mayor Hobstock se veía exilado entre dos jóvenes que hacían su debut en sociedad.

—Va a ser necesario que le diga dos palabras a mis Barnforth —pensó la señora—, pero otra vez se enfundó con el barón en una conversación que versó únicamente sobre comidas.

—Debo convenir —se decía— que este barón es de una simplicidad deliciosa. Lo comparaba con uno u otro de sus invitados: Qué agradable era encontrar un hombre que se tomara tal interés por las cosas de la cocina y que, por otra parte, tenía maneras tan naturales, lejos de toda afectación, aunque, evidentemente, debía experimentar mucha simpatía por ella. ¿Cómo, si no, hubiera alejado de esa forma a lord Pudsey?

Habría concebido alguna desconfianza si el barón se hubiera puesto en tren de cumplimientos, o si, como ese sir John Peppercorn, hubiera pretendido flirtear con ella. Invitados de esta clase siempre había alguno; pero ella conocía en seguida sus intenciones: ansiaban su fortuna.

—Ya tengo bastante con mi primer matrimonio —se decía, pensando en su difunto marido, que le había costado bastantes libras—. Así que si alguien piensa verdaderamente en mí... Vamos, ¡qué estoy diciendo!; vaya unos pensamientos a mis años.

Se asombró al sentir que su corazón latía con violencia, cuando, en el almuerzo del otro día, el barón volvió a ocupar de viva fuerza el mismo lugar a su lado. Con las maneras de siempre, permaneció respetuoso y grave y, durante la conversación, no abordó otros temas que los relacionados con el comer y el beber. La señora Gilchrist se esforzaba por descubrir su secreto. Para apartar de su camino, como lo había hecho, al almirante Buzzard, era necesario que sus motivos fuesen otros que los de una mera cortesía. Se preguntaba qué significaría todo eso. Estuvo pensando en ello durante la tarde en las carreras y la duda la atormentaba todavía al llegar la noche, cuando, ya en su dormitorio, oye dos ligeros golpes en la puerta y miss Barnforth entró, un poco sonrojada.

—¿Deasaba usted hablarme, querida miss Barnforth?

—Si quisiera usted concederme un minuto... La señora alejó a la mucama con una mirada.

—Y bien, señora; es necesario que le diga algo. Acabo de entrar en el comedor adonde volví cre-

Cartilla Histórica de la Salud

Por FISHER BROWN y NAT FALK

1. ¿QUIÉN ES MARY SCHWARTZ ROSE ?

2. ¿QUÉ CONOCIMIENTO ESPECIAL POSEEN LOS CAPITANES NORTEAMERICANOS DE LA MARINA MERCANTE?

3. ¿CUANTAS PERSONAS ADULTAS USAN ESPEJUELOS EN LOS ESTADOS UNIDOS?

COPYRIGHT 1935—HEALTH NEWS SERVICE, INC.

yendo haberme olvidado un lápiz al marcar las tarjetas, cuando... cuando...

—¿Cuándo qué? Hable de una vez, miss Barnforth, o acabará por ponerme nerviosa.

—Solamente, que acabo de ver al barón Bollheim que estaba cambiando el orden de las tarjetas.

—¿Y qué hay con eso? —respondió majestuosa, la señora Gilchrist—. ¿Acaso le he encargado yo que vigile a mis huéspedes? ¿Se figura usted que en las ciudades del continente tienen las mismas costumbres que nosotros? Verdaderamente, no he visto nunca hacer tanto barullo por tan poca cosa.

Miss Barnforth abandonó la habitación avergonzada, y cuando la señora Gilchrist descendió las escaleras, emanaba de su persona, a pesar de su corpulencia y de su edad, como un hálito de encanto. El barón estaba una vez más a su lado, y ella no podía negar que mostraba, esa noche, un dejo de coquetería. Desde luego, el barón se comportó como de costumbre, lo que hizo que ella admirara su fuerza de voluntad.

Toda la semana de carreras transcurrió del mismo modo. El barón aumentó unas siete libras, mientras que la señora de Gilchrist adelgazó otras tantas, y la comedia continuaba sin dejar entrever un desenlace.

El sábado por la mañana los invitados partieron para dejar el campo libre a los que llegaban a pasar el fin de semana, y el barón no había dicho nada todavía. La señora se consumía y, más pálida que los polvos que usaba en su rostro, sentía que las dudas atenazaban su corazón.

—Tengo necesidad de respirar —dijo en un suspiro—. Y ya iba a llamar a Alfredo para que ordenara que alguien abriera la ventana del gabinete azul, cuando apareció el barón, llevando

en sus manos una caja de cartón bastante maltrecha.

—¿Me buscabais, barón — dijo ella, súbitamente emocionada.

—Excusadme —respondió él—, pero tengo algo importante para vos en esta caja.

—¿Para mí, de veras? ¡Para mí!

—Son objetos calados. No quisiera importunaros tan de mañana, pero me he lisonjeado con la idea de que os agradarian. Los he traído de mi país, son obras de arte de mis compatriotas y espero de todo corazón...

—¡Oh!, realmente, barón, ¿queréis que tome todas esas hermosas piezas? ¡Qué generosidad tan grande la vuestra!

—No habléis de generosidad, os lo ruego, señora. Temo que me hayáis interpretado mal. Esto es todo lo que yo poseo; pero vuestra extrema bondad me anima...

—Comprendo, barón... comprendo —murmuró la señora de Gilchrist—. Hace tiempo que he adivinado vuestros sentimientos. ¿Cómo no los iba a adivinar, si os habéis impuesto un silencio tan penoso como digno? Si vuestra pobreza os ha hecho callar, no temáis. Vivo muy simplemente, como habréis podido ver, pero tengo para los dos. Creo que el destino os ha conducido hasta mí, barón. No iréis a dejarme, ¿verdad? ¿Os quedaréis aquí, para cuidarme?...

El barón tenía cuarenta y tres años y la señora de Gilchrist cuarenta y nueve. A cambio del romance veía llegar el confort y la buena cocina... Aceptó de todo corazón el don que el cielo le enviaba.

Tal vez Birkin experimentó alguna sorpresa a su regreso, pero, si tal sucedió, no lo dejó traslucir en lo más mínimo y continuó siendo el mayordomo sin igual, siempre en su puesto, siempre imperturbable.

MUY BREVES

ENTRE AMIGOS

—Valiente borrachera tienes, Julián, y yo que creía que tú no bebías más que agua.

—Yo también lo creía, pero por lo visto me habían informado mal.

o o o

LA NUEVA SIRVIENTA

La señora.—Estoy muy satisfecha con esas crueldades que usted compró hoy, y también de su precio.

La criada.—Ya lo creo!... Como que son tan

gordas que solamente entraron siete en cada docena.

o o o

MONEDA LEGAL

—Compraste aquella corbata que te encargué ayer?

—No pude. Era falso aquel peso que usted me dió.

—Falso! A ver, tráelo.

—Pues le diré, en vista de que era falso me lo gasté en vino.

Desde
PARIS

El Silencio en medio del ruido

por Eduardo Arilés
Ramírez



El personaje se llamaba el barón Karaviag Balyane y era descendiente de María Stuardo. Acaba de morir en el castillo de Paprok-Mali, en el corazón de la Yugoslavia.

No se conoce otro caso como el suyo.

Este personaje —¿quién escribirá su biografía?— era misántropo. Vivía lejos del mundo y de sus ruidos, y de sus pasiones, y de sus luchas. Sentía horror por eso que llaman «sociedad». Se había rodeado de un escuadrón de criados que, en el castillo inaccesible, envejecieron poco a poco junto a él. A su castillo —verdadera fortaleza del silencio— no llegaban los ecos del mundo, ni siquiera en forma apagada. No resistía la vista de un periódico. No recibía correspondencia de ninguna clase. Ignoraba el teléfono, la fotografía y el cinematógrafo. En cuanto al radio, ni siquiera oyó hablar de él.

En el año de 1921 supo, por casualidad, que entre 1914 y 1918 había habido, según parecía, alguna «perturbación» en Europa. La indiscreción no pasó de allí. Y acaba de morir sin saber que otra «perturbación» había estallado.

La misantropía tiene sus virtudes. Debe haber

una alegría secreta en eso de no enterarse de las tonterías, de las banalidades o de las torpezas de los hombres. El desprendimiento de las cosas de este mundo debe fortalecer el espíritu, y la vida interior, no cabe duda, debe ganar. Los estilistas....

Pero, no cabe duda también, el barón Karaviag Balyane no era un hombre. Al menos como deben ser los hombres desde el punto de vista humano, es decir, células cohesivas del mundo en que viven, hilos de una misma cota de malla, partículas responsables de un gran todo. El que se sustrae, es un cobarde. Para él, la misantropía no es sino una tangente cómoda, una manera de eludir sin muchas explicaciones la batalla cotidiana. Además, es un monstruo de egoísmo, de indiferencia y de frialdad de corazón. «Señor —pueden gritarle al plácido burgués que se calienta el cráneo con un gorro de fieltro y los pies con un par de pantuflas—. Señor, que la casa del vecino se está quemando...» Y él, el ceño adusto: «¿No le he dicho que no quiero saber nada de lo que pasa en la casa del vecino...?»

Pero toda medalla, tiene su reverso.

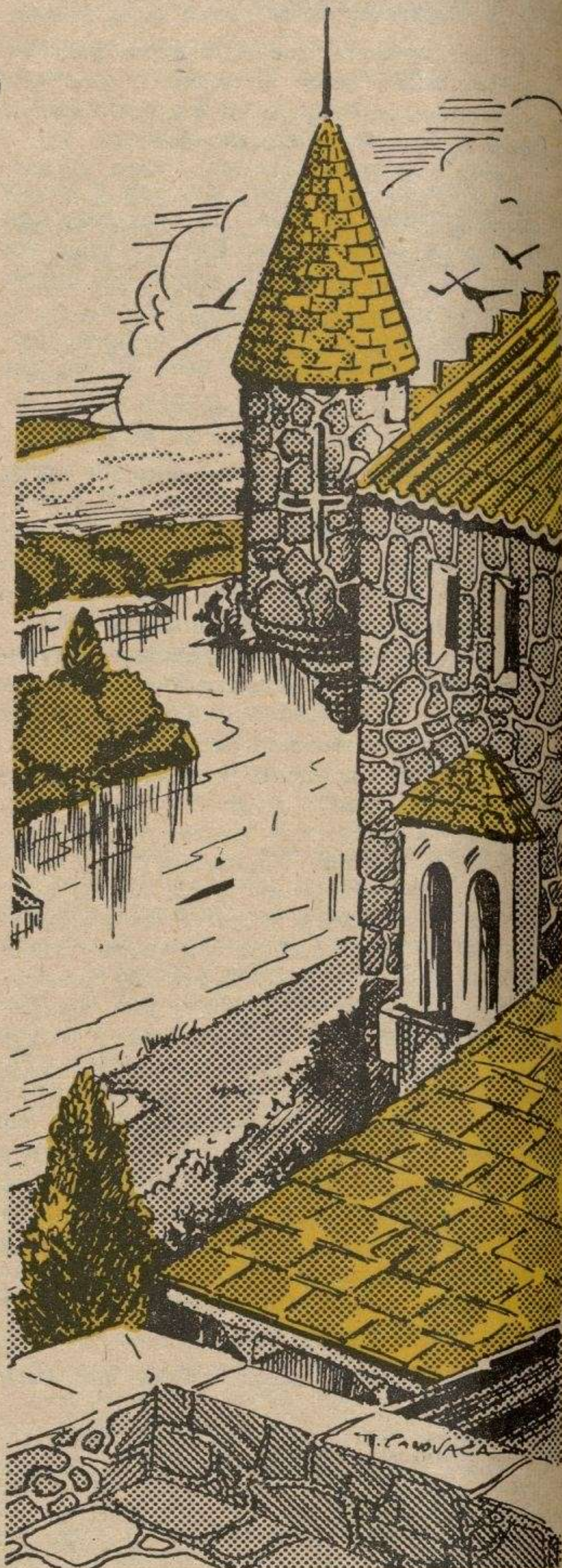
Hasta cuando está hecho de silencio, el crimen tiene su castigo.

El castigo de la indiferencia y del manfutismo del pobre barón de Balyane, no fué otro que el de ignorar la suprema voluptuosidad de lo cotidiano, de no haber conocido el sentimiento noble de la lucha con la vida.

Porque en el fondo nada es más bello que la aventura de la vida. Darse un restregón con la vida, comer un poco de vaca rabiosa, abrirse paso a empujones, hablar alto para que los otros escuchen, beber tragos gordos del licor de la emoción, emborracharse con este líquido ¿no es acaso el más sagrado de los privilegios del hombre sobre la tierra?

¿Queréis cosa más insulta, más gris y más insípida que la «vida» del barón Balyane, burgués millón por millón, recogido en su egoísmo plácido como un molusco en el pliegue de su roca indiferente al tronar de los cañones del océano, al brillar insólito de las estrellas, al rudo choque del sol, al vuelo de las aves, al paso de los coches y al grito de la naturaleza, de la cual quiere formar parte? Ignorar todo eso ¿no es un castigo? El que se inhibe, pierde. O para decirlo con Pero Grullo: el que no se sienta a la mesa, no come.

Tipo perfecto del antiquijote, el barón Balyane rehuyó siempre la acción. Era la antivida, el anti-sueño, el antiacto. Con un solo Quijote se pone en movimiento toda una raza. Con cien millones de Balyanes no se construye una casa. ¡Pobre molusco! Quizás para lo único constructivo que sirvió en la vida fué, a la hora de su muerte para que yo construyera este artículo...



Los Riñones Deben Eliminar Acidos

El organismo elimina el exceso de Acidos y Venenos de la sangre a través de 9 millones de delicados tubos capilares o filtros llamados Riñones. Los Venenos en los Riñones y Vejiga pueden hacerlo sufrir de Frecuentes Levantadas o Micciones Nocturnas, Nerviosidad, Dolores en las Piernas, Ojeras Muy Pronunciadas, Dolor de Espalda, Dolores en las Articulaciones, Acidez y Ardor en los Conductos. Para combatir estos síntomas no se fíe de las medicinas ordinarias. Haga lo con la prescripción médica llamada Cystex. Cystex comienza a trabajar en 3 horas y debe ser enteramente satisfactorio probándole que era la medicina que Usted necesitaba o el precio que pagó por ella le será devuelto. Pida Cystex en cualquier farmacia hoy mismo. Nuestra garantía lo protege.

.. Cystex
Para Reumatismo, Riñones, Vejiga

En el corto espacio de 48 horas Alemania perdió, por el procedimiento del «suicidio», dos de sus mejores buques. (Uno mercante, de guerra el otro). El domingo 17 de diciembre, a tres millas del puerto de Montevideo, fué dinamitado el acorazado de bolsillo «Admiral Graf Spee», uno de los tres buques con que los alemanes revolucionaron la arquitectura naval guerrera. Menos de 48 horas después, frente a las costas de New Jersey, fué hundido el lujoso trasatlántico «Columbus», de 32.581 toneladas, —sólo el «Bremen» y el «Europe», en la flota mercante alemana, lo superaban en desplazamiento— también por el procedimiento de abrir sus válvulas de inundación e incendiar su combustible de petróleo. En el primer caso se trató, evidentemente, de impedir el sacrificio inútil de muchas vidas, toda vez que el «Graf Spee» estaba condenado a una derrota cierta frente a los buques ingleses que, más o menos pronto, le darían caza. (No hay que olvidar que el poderoso «Renown», acompañado por el portaaviones «Ark Royal», se encontraban a dos singladuras de Montevideo.) En el segundo, con la destrucción del «Columbus» se impidió que el hermoso buque cayera en manos del destructor inglés que lo había avistado y que, dada su mayor velocidad, ya no lo dejaría escapar.

Lo que no está tan claro es el motivo que pudiera impedir al gobierno alemán a exponer un buque tan costoso al hado que lo amenazaba y al fin lo alcanzó. No está claro tampoco, la razón por la cual el capitán Wilhelm Daehne mandó a su buque cerca de las costas de América, en lugar de adentrarse en el mar y buscar por una ruta distinta las aguas neblinosas del Norte.

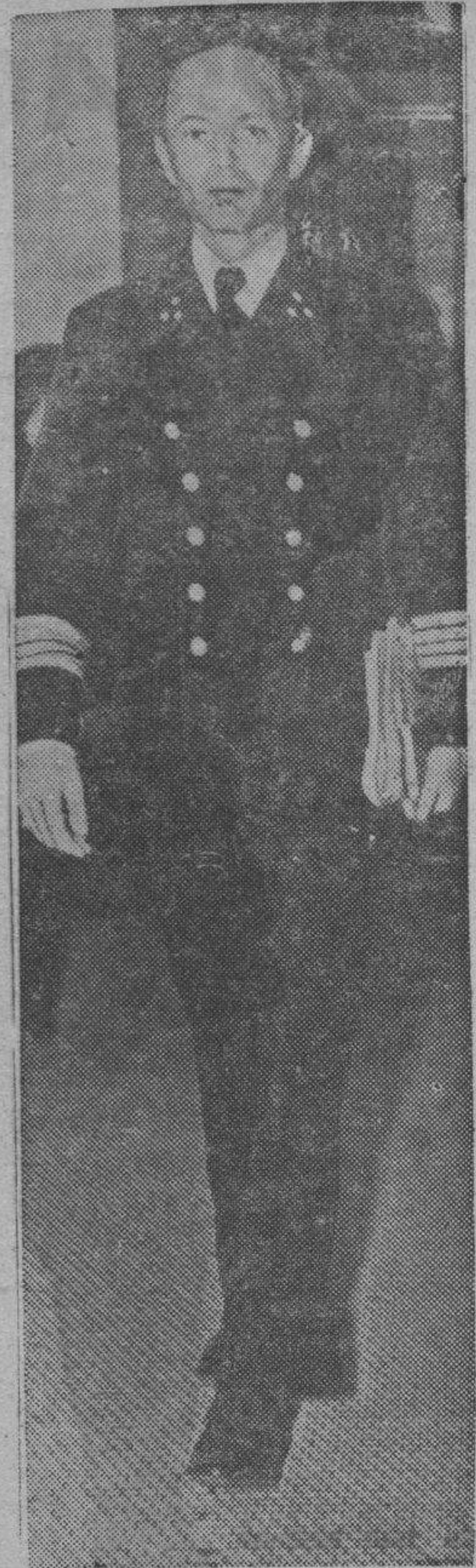
Según la declaración del capitán germano, desde que el «Columbus» salió de Veracruz estuvo siempre bajo la vigilancia de los destructores norteamericanos que patrullan las aguas americanas —las trescientas millas determinadas por la Conferencia Panamericana de Panamá como zona que debían respetar los beligerantes con vistas a sus naciones de guerra los cuales sólo abandonaron al «Columbus» cuando esa vigilancia quedó a cargo del crucero «Tuscaloosa», que fué el que en definitiva rescató a la tripulación del gran trasatlántico cuando la súbita aparición de un destructor inglés, en la tarde del martes 19 de diciembre, obligó al capitán Daehne a destruirlo siguiendo las órdenes estrictas de Berlín que se le habían comunicado antes de abandonar las aguas de México.

Sobre el motivo de la partida de Veracruz —donde el hermoso buque había buscado refugio en los primeros días de la guerra, al ser sorprendido por la conflagración en una excursión por el Caribe con turistas norteamericanos— se han propalado distintas versiones. Una de ellas consiste en que el mantenimiento de los seiscientos tripulantes del «Columbus» le estaba creando al gobierno alemán un problema económico —dada su carencia de divisas extranjeras— que no podía resolver por más tiempo. Otra, que el hecho de que el «Bremen» burlara en dos ocasiones el bloqueo británico y llegara indemne al puerto de su mismo nombre, hizo pensar a las autoridades berlinesas que el «Columbus» podría alcanzar sin tropiezos la ruta del Norte y una vez allí navegar sin peligro —dadas las continuas nieblas que imperan en esta época del año— hasta Oslo.

Hay otra explicación para el hundimiento del «Columbus», tal vez un poco cínica, pero en la que hacen fuerza los que pretenden que hubiera sido idiota hacer navegar al trasatlántico a la vista de los buques de guerra norteamericanos, cuando era posible, sólo con abandonar las trescientas millas más próximas a la costa de América, salirse de su radio de acción. Esa versión pretende que el gobierno alemán cobrará el seguro del buque, y que lo cobrará en esa divisa extranjera de que se halla tan necesitado. De ser ello así, de permitirle la complicada economía de las naciones —con sus ramificaciones internacionales— cobrar en libras esterlinas o en dólares los millones en que estaba asegurado el «Columbus», el gobierno alemán, evidentemente, ha hecho un buen negocio.



Estos pavos que están siendo entregados a uno de los cocineros de Ellis Island, fueron parte de los que sirvieron de comida de Pascuas a los tripulantes del trasatlántico alemán «Columbus», «suicidado» frente a las costas de New Jersey al pretender detenerlo un destructor británico.—



He aquí al capitán Wilhelm Daehne del mercante alemán «Columbus», después de haber contestado al interrogatorio de las autoridades de inmigración norteamericanas, durante su permanencia en Ellis Island, la estación de cuarentena neoyorquina.

El hundimiento del COLUMBUS

Extrañamente el trasatlántico alemán —tercero en importancia de la marina mercante del Reich— había navegado desde Veracruz dentro del límite de las trescientas millas de la nueva jurisdicción creada en Panamá, a la vista de los buques de guerra norteamericanos.— Los tripulantes, recogidos en su totalidad por el crucero «Tuscaloosa», pasaron en Ellis Island unas Pascuas espléndidas.

Mientras tanto los 577 tripulantes del buque alemán siniestrado, han pasado unas buenas Pascuas en la célebre Illis Island neoyorquina, atendidos espléndidamente por la generosidad norteamericana. Las autoridades yanquis, en vista del informe del comandante del «Tuscaloosa» el efecto de que el «Columbus» no llevaba cañones ni armamentos de ninguna clase —el capitán Daehne aseguró al desembarcar en Nueva

York que las únicas armas que llevaba a bordo eran... tres pares de guantes de boxeo!— han decidido que sus huéspedes tienen derecho al mismo tratamiento que los de cualquier otro mercante naufrago. Se les pondrá, pues, en libertad, y tendrán sesenta días de residencia en los Estados Unidos. Pasado ese tiempo pueden ser deportados, pero mientras tanto les será posible, por lo menos a los oficiales, retornar a Alemania por la ruta del aire.



Estos cuatro oficiales del «Columbus» están siendo interrogados por un inspector de inmigración de los Estados Unidos—a la izquierda—en la estación de cuarentena de Ellis Island, en la bahía de Nueva York.

¿OS ACORDAIS DE NIJINSKY?

Por RENATO VILLAVERDE

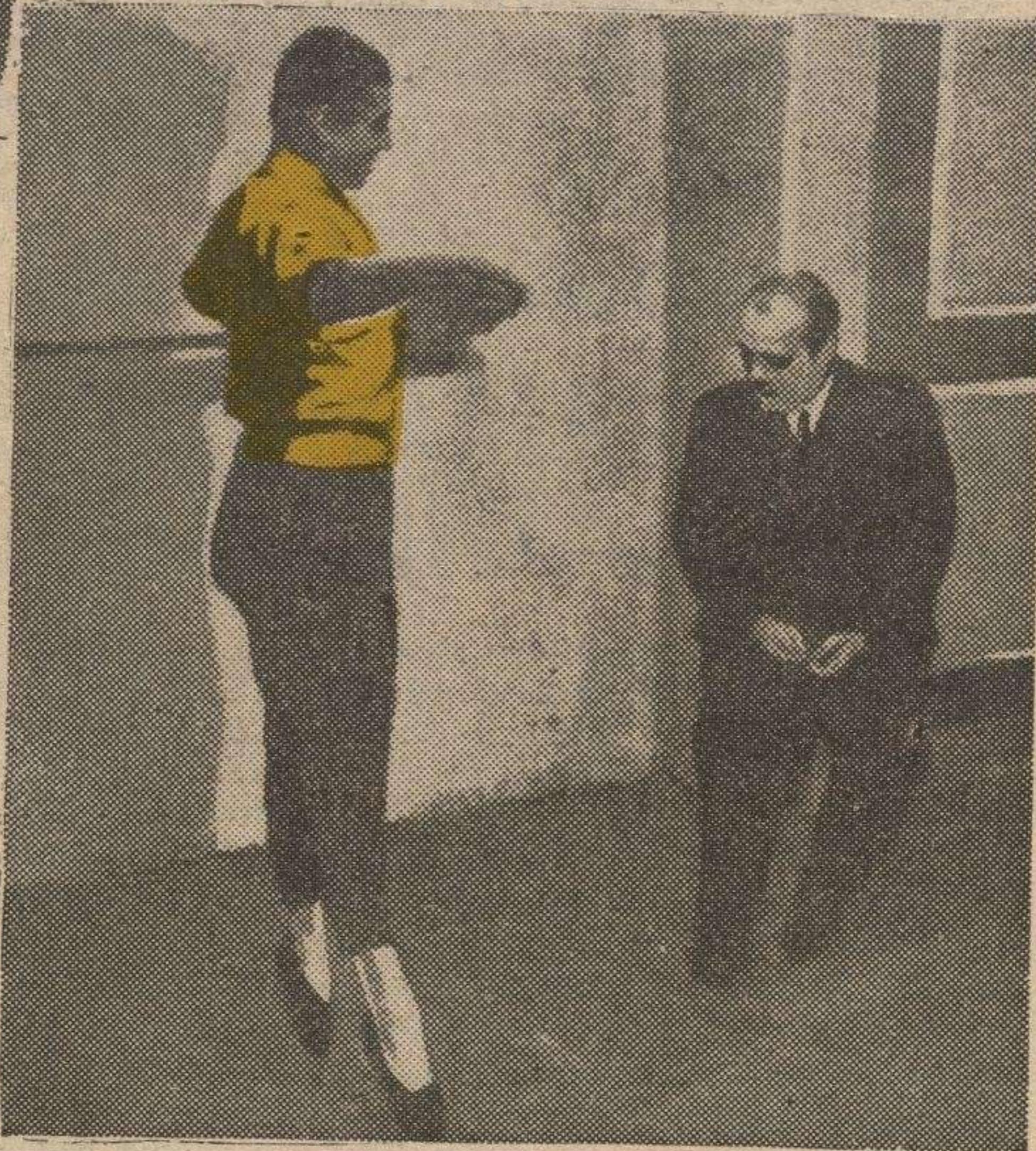


En 1910 Nijinski creó «El espectro de la rosa». Esta es una foto de entonces.

El cisne alado de las estepas rusas. La prisión del bailarín excelso. Arte, cultura y locura. Diecisiete años en un manicomio. ¿Volverá Nijinsky a bailar en Europa?

actualismo. Y no queriendo quedar al margen del comentario, he creído oportuno reproducir aquella crónica de hace dos años, en que tracé algunas pinceladas sobre la vida del desgraciado bailarín. La transcribo a continuación, sin quitarle una coma ni el pesimismo con que la escribí entonces:

He aquí un nombre lleno de recuerdos amables. La danza y Nijinsky forman una sola idea, una sola expresión. Toda la Europa de este siglo, hasta el comienzo de la Gran Guerra, adoró el arte del primer bailarín de la Opera de San Petersburgo. Nijinsky, como hombre, fué en los dominios de Terpsícore lo que la Pawlova significó con su gracia de mujer. Hoy, ¿qué ha sido del cisne de las estepas rusas?



Los primeros rudimentos: las puntas de los pies. Nijinski observa a un discípulo, hace ya mucho tiempo.

UTRA vez el nombre de Nijinsky, sepultado en los archivos del dolor desde la pasada guerra, vuelve, en los albores de la presente conflagración europea, a ocupar un plano de vibrante actualidad entre los amantes del arte de Terpsícore. Un paréntesis de veinte años ha tenido alejado de las candilejas al glorioso bailarín. Y ahora, otra vez, el cable nos trae la noticia de su curación y de su posible retorno a la vida artística.

La noticia no es nueva. Desde hace más de tres años, aunque con cierto escepticismo, se hablaba de ello en Europa. Los rumores se intensificaron y llegaron a tomar forma de cosa casi decretada. Yo me hice eco de aquella portentosa curación de Nijinsky, y desde París envié una crónica, hace unos dos años aproximadamente, que apareció en estas mismas páginas del DIARIO DE LA MARINA. Con motivo de las noticias que llegan del viejo Continente sobre el restablecimiento definitivo del más grande bailarín que hayan conocido los tiempos modernos, las publicaciones de la Habana han desempolvado el nombre de Nijinsky reitegrándolo a un vibrante

Dejadme remover estos recuerdos, no por el deseo de hurgar en un osario semi-olvidado, sino por el rumor que me llega insistente de la próxima resurrección de Nijinsky. Confieso que no creo en ella. El bailarín que hacía suspirar a las sentimentales princesas de la nebulosa Europa, está viejo, terriblemente viejo. Sus tobillos nan engordado y sus choquezuelas saben de las caricias del reuma. Toda tentativa de esmerilar sus aristas adiposas no puede dar más que un resultado negativo. Además, Nijinsky está loco. Diez y siete años encerrado en una clínica de enfermedades mentales de Kreuzlingen, atacado de crónicos desvarios, ni hacen pensar en una posible curación. Más parece cierto que el rítmico hombre de hace cuatro lustros ha mejorado notablemente. Su esposa y el boletín oficial de la casa de salud así lo han propagado. Al mismo tiempo, Nijinsky practica sus danzas de antaño, aquellas, sus danzas de gaviota sobre los escenarios europeos. Sueña, tras su cárcel terapéutica, en reverdecer sus laureles, y mientras aguarda la lejana posibilidad de verse de nuevo cosechan-

do aplausos al fulgor de las candilejas, a nos habla de su pasado glorioso.

Cuando en Sarajevo un pistoletazo prendió el polvo europeo, Nijinsky, al frente de un numeroso «ballet» ruso, convulsionaba la sensibilidad de Viena. En el «Ring» que acaricia el Danubio, aquel mancebo hermoso y alado en atracción de más fuerza. Su nacionalidad lo lleva a la prisión. Su cerebro lleno de enigmas y de parábolas bellas, sufre el primer ataque. La jaula fué demasiado dura para el pobre pájaro». La política era la antítesis del espíritu burilado en un ritmo de sistrós y flautas. El motivo de su prisión fué un hecho que aun al cabo de veintitrés años, cuando la razón parece que vuelve a penetrar en el cerebro, no ha podido jamás solucionarse.

Entre el fragor de tales días angustiosos el caso de Nijinsky no se cubrió de olvido. El bailarín reclamaba sus derechos y urgía la reparación de la injusticia. La legión de admiradores del bailarín formaron un frente de ataque para lograr su libertad. Las damas más «chic» de Viena defendieron su causa con toda bizarría. Pero las autoridades del águila bicéfala no se dejaron convencer tan fácilmente. Sus garras cayendo sobre una presa apetitosa y había que sacar el mayor producto de la tajada. Un cúmulo de insidias sediciosas galvanizan a Nijinsky en un campo de concentración. Fué necesario un tratado que de prisioneros. La libertad del bailarín fué concedida a cambio de la de un General austriaco, preso por los rusos, que pudo, de nuevo en su patria, seguir luchando al frente de los ejércitos imperiales.

Atravesando fronteras, huyendo del demasío de la guerra, dejando atrás el peligro, Nijinsky puede llegar a España donde logra reunir todo su «ballet».

El cable lleva a Sur América la odisea de la libélula humana. La guerra brinda al nuevo mundo la ocasión de admirarlo. El Director del Teatro de Buenos Aires, va expresamente a España a ofrecer un tentador contrato a Nijinsky para actuar en la Argentina. Tiempo perdido. El bailarín se niega a embarcar.

Todas las ofertas se estrellan contra su negativa cerrada y monorrítmica: «Yo no amo los viajes por mar en tiempos de submarinos»...

El empresario de la pampa se mece los cabellos. Esfuerzos, tiempo y dinero perdidos. ¿Qué hacer para reducir la negativa del artista temeroso? El agente dramático propone al empresario una solución, y aquél moderno Maguila velo de las bambalinas entra en juego. Mueve sus amistades, sus influencias, hace funcionar sus resortes ocultos. Dos días más tarde, Nijinsky es preso de nuevo. Otro derrumbe moral se produce en su espíritu exquisito, vibrante sólo al reclamo de los arpegios. La cárcel para él era sinónimo de tumba. La triquiñuela pone un elemento más en su próxima locura. El agente dramático, interpretando concienzudamente su papel, visita en su celda madrileña al desolado artista. Lo compadece. Lo exhorta a mantener esperanzas, pero al mismo tiempo le hace ver la gravedad de su caso. Un pánico de calibrada intensidad hace mella en la hiperestesia del primer danzarín del mundo. Su consejero y defensor le explica que no hay más que una salida para sus amarguras: firmar el contrato para actuar en Buenos Aires. Entre la espada y la pared, el cisne de las estepas, más aterido que nunca, acepta la solución menos mala. Pocos días más tarde, el «ballet» ruso embarcaba hacia la incógnita americana.

La «tournée» por el nuevo mundo de Nijinsky, fué brillante. Halagos, flores, sonrisas y entusiasmos desatrayados iluminaron su sendero de éxitos y de triunfos. Más tarde, la guerra terminada, vuelve al escenario de sus mejores tiempos. Las grandes capitales siguen aplaudiendo



Arriba: Vaslar Nijinski con Romola Nijinski y Sergio Lifar. (Foto tomada hace tiempo). En el centro: Nijinski se siente fascinado por el juego de mûseulos de Lifar. Abajo: otra escena entre Nijinski y Lifar.

al bailarín del Olimpo. Pero la salud de Nijinsky se resiente poco a poco. Sus parábolas, sus filigranas, sus combas rítmicamente balanceadas eran las mismas. Sus creaciones se multiplicaban, multiplicando —si posible hubiera sido— el rito pagano de su celebridad. Sin embargo, sus amigos notaban que el bailarín, aunque el mismo en su arte, sufría ciertos desvaríos que preocupaban a su corte más íntima. A ratos era deshilvanado en su conversación. Crisis melancólicas lo sumían en largos silencios. Expresiones incoherentes salían de su boca, de aquella boca de sensual dibujo que tantas almas femeninas encadenara con su sonrisa. La medicina, representada por los mejores galenos que lo visitaron, diagnosticó la socorrida neurastenia. Nijinsky, oficialmente, estaba neurasténico. La sombra de la guerra no se borraba de su visión. Su encarcelamiento en Austria, cerca del eco de las granadas, y su prisión de opereta en España lo perseguían en todo momento, llegando a constituir una obsesión para el infeliz neurasténico. Su esposa, que fué la compañera de sus mejores épocas, su más ferviente admiradora y una colaboradora inestimable, veía progresar el mal en su verdadera rapidez.

La tragedia vino en un golpe seco. Fué entre los picos helados de la blanca Suiza, en 1920, durante una «tournee» triunfal en Saint-Moritz. La locura que había comenzado a acumular Nijinsky a raíz del comienzo de la guerra, se presentó de la noche a la mañana. La libélula alada se trocaba en mariposa loca. El hombre aterlopelado de los movimientos elegantes, de los velos y de las camisas de batista, supo de la camisa de fuerza. En su demencia siguió bailando. En su cuarto de enfermo, el ser aligero de otros días brillantes, desenroscaba danzas macabras. Imitaba a los gatos, a los perros, al paso lejano de los caballos sobre la estepa distante. Nijinsky, a cuatro pies sobre el pavimento, era un espectáculo de intensa compasión. Nunca un loco fué más grotesco ni más digno de lástima.

Trasladado a Zurich, un célebre alienista decretó lo que todos sabían: un caso de demencia aguda con pocas oportunidades de curación.

Después, el olvido cubrió a la «vedette» gloriosa. Los sanatorios europeos cobijaron los guijarros de aquel hombre joven y bello que siempre quería bailar. Diez y siete años han transcurrido desde entonces y Nijinsky es cada vez un punto más que se borra en la distancia. Sólo su esposa no lo ha abandonado un momento. La



Estrenos y debuts notables

TERCERA SERIE

OTRA vez la escalera, la brocha, el cacharro del engrudo y volvamos a pegar carteles por las esquinas, y a repartir programas a domicilio, que así como así, es éste el oficio a que apencamos no pocos del teatro, cuando ya no servimos para otra cosa. Hoy damos comienzo a la tercera serie de los «Estrenos y Debuts Notables» ocurridos durante los años 1916, 17, etc. en los teatros habaneros, época en que navegaban viento en popa y a toda vela.

1916

Enero 1, sábado.

Nacional.—En matinée, la película «Assunta Spino» o «Calvario de amor», por Francesca Bertini y Gustavo Serena. Por la noche, película «La lucha por el amor».

Martí.—Matinée: «I Comici Tronati» y la revista en un acto y cinco cuadros original de Julio Necoechea y los maestros Miceli y Simons—ya empezaba a destacarse el futuro autor de «El manisero»—titulada «1915» por María Marcos, Carmen Segarra, Carmen Rodríguez, Manuel Villa, Noriega, Palacio y la bailarina Adela Vivero.

Actualidades.—«Angeles de Granada», canzonista andaluza, y el ventrílocuo Julián.

Día 2.

Nacional.—Matinée: Las películas «El azar y el amor», por Max Linder, y «Assunta Spino», por la Bertini. Por la noche: «Los contrabandistas», por Clara y Carlos Weith.

Silente y todo, el cine era por aquel entonces uno de los espectáculos más preferidos del público, aunque creemos que, de no haberse inventado a tiempo el cine sonoro, hubiera llegado positivamente a cansarlo y no pudiendo además com-

petir con el teatro, más temprano o más tarde, hubiera acabado por desaparecer como espectáculo. Gustavo Serena, Valentino, Max Linder, la Bertini y la Pola Negri se disputaban entonces la gloria de la pantalla, como tendremos ocasión de ver en sucesivos programas. Del cine sonoro se tenía entonces la misma vaga idea que se tiene en la actualidad de la televisión. Se hablaba de él con cierto tono descreído y se le tomaba a beneficio de inventario. Sería o no sería, o sería incompleto, y ya vemos que llegó a ser y que su triunfo resultó absoluto, definitivo y asombroso. ¿Qué no puede llegar a ser, si el hombre se lo propone? Se está estudiando y trabajando sobre el cine, y es cosa cierta que no se harán esperar mucho, para orgullo y satisfacción de la humanidad, sus nuevas y maravillosas creaciones.

El cine silente creó la plaza de «parlante de cinematógrafo» que desempeñaron algunos artistas de segunda mano que no encontraban palo en que ahorcarse, como se dice vulgarmente. En el teatrillo Actualidades, de Eusebio Azcue, inauguró esa plaza y la ocupó largo tiempo, el actor Trasquiere, que había trabajado varias temporadas en Albisu y Alhambra casi siempre desempeñando los papeles de «bobo» o de «titi», como se le califica en las compañías españolas de verso. La plaza fué cayendo en el mayor desdoro, porque a lo mejor, el parlante, hombre o mujer, se distraía saliéndose del asunto, y daba lugar a que el público le llamara la atención con silbidos, gritos y bromas. Después se adoptó el sistema de explicar en letreros el asunto de las escenas; pero aquéllos se hacían a veces tan largos y difusos, que el espectador acababa por extraviarse en un complicado mar de confusiones; el sistema sonoro fué el «descubrimiento del Nuevo Mundo», en el arte cinematográfico.

Cuantas veces la Ciencia nos sorprende con uno de esos adelantos, recordamos un cuentecillo que el ilustre don José Echegaray incluyó en una de aquellas sus interesantes e instructivas «Charlas Científicas» que publicaba en el DIARIO DE LA MARINA. Contaba el genial autor de «El Gran Galeoto», que llevando a cabo unas excavaciones arqueológicas en el alto Egipto, varios señores encontraron en unas ruinas unas cajitas petrificadas, semejantes en un todo a los receptores de nuestros teléfonos modernos; pero después de cuidadosos exámenes acabaron aquellos investigadores por rechazar de plano la idea de que se tratase del teléfono, «en vista de que no presentaban las tales cajitas los agujeros necesarios para la introducción de los imprescindibles alambres, conductores de la corriente eléctrica». A lo que uno de los sabios argumentó:

—Bueno, señores, ¿y qué? ¿Y si ya existía entonces el teléfono sin hilos?

que conoció la gloria a su lado, vivió también a su vera la tragedia del excelso artista.

Nijinsky ha sido una víctima más en el mundo de la farándula, ese mundo policromo en que se han despeñado tantos mimados de la suerte. No hace muchas semanas, desde estas mismas páginas del DIARIO DE LA MARINA, dediqué una crónica a recordar algunos finales trágicos de estrellas de otras épocas. El caso del bailarín ruso es más triste aún. La gran mayoría de los artistas que han vivido sus vejezas a los resplandores mortecinos de un candil, fueron los forjadores de sus desgracias. Malos administradores, soberbios en sus triunfos, creyéndose inmortales en el mimo del público y en la lucha con los años, disiparon sus artes y sus juventudes en el tobogán infinito de la imprevisión. Después, olvidados de todos, rumiaron sus amarguras bajo los techos angulares de sus buhardillas heladas, antesalas inevitables del número en el hospital y del guarismo en la fosa común. Fueron los buriladores de su futuro. Ni un solo elemento ajeno al lógico encadenamiento de los sucesos puso su

nota angustiosa en sus crepúsculos marchitos. Al igual que labraron sus combres, labraron después sus abismos.

En el caso del danzarín moscovita, la garra de lo imponderable pone su sello. No ha sido una víctima de las locuras normales, sino de la locura anormal. Amoroso de su arte, calculador de su futuro, la gloria no cegó su ecuanimidad. La mejor prueba la hallamos en el hecho de que después de casi veinte años alejado del público—sinónimo de la fortuna—su cabeza desquiciada puede recibir los cuidados que se prodigan en una clínica privada de Europa. Tronchado en pleno florecimiento, gozando de una juventud casi imberbe, no hizo de sus fabulosos contratos materia sensual de estrepitosos derroches. Por eso, en el colmo de su infortunio, sigue viviendo con confort y hasta con esperanzas. Nos cuenta que no ha dejado nunca de bailar. Su cabeza se va serenando poco a poco. Casi puede decirse que ha encontrado el equilibrio de antaño. Por boca de su mujer, alma cubierta de cabellos grises,

Nihil novun sub sole; lo que quiere decir todo acabará por descubrirse.

Día 5.

Nacional.—Estreno de la película «El viejo», por Gabriela Robinni y Alexandre.

Martí.—Estreno de la opereta de los autores habanos Tomás Juliá y Eduardo Sánchez de Fuentes, titulada «Después de un beso», por Marcos, la Segarra, la Ruiz, la Blanch y los señores Villa, Limón, Arozamena, Noriega, Palacio, Villarreal y Soto. Director de orquesta, Manuel Velázquez.

Día 8.

Payret.—Debut de la compañía de Regina Lopez con «El «Patria» en España» y «Flor de la».

Estas excursiones de la compañía de Alhambra a los teatros Nacional y Payret, eran siempre organizadas y dirigidas por el activo agente teatral el inolvidable Ramiro de la Presa, que sucumbió recientemente de un accidente ferroviario, al trasladarse de la República de Colombia a la del Perú, no lejos de la importante ciudad de Puma. Ya puede suponerse la honda y triste impresión que produjo la noticia de esta desgracia entre cuantos pertenecieron a aquellas huestes alhambrescas, donde Ramiro supo conquistar tantos afectos. Ausente de la Habana desde el año 1933, se sabía de él de vez en cuando por los periódicos de Buenos Aires, Chile, Colombia y otras repúblicas de Hispanoamérica. En Habana, desde la invasión del cine, no le quedaba ya campo fructífero a sus actividades teatrales, y decidió alejarse de ella. Años de agente fué Ramiro de la Presa nuestro agente y amigo. Su fe en las temporadas de Alhambra no se entibió nunca. Cuando presenciaba en el teatro de la calle de Consulado el estreno de una de aquellas obras que llamábamos «grandes» y que eran las escogidas para las temporadas de Payret y el Nacional, ya él aquilataba, por el éxito que había obtenido, el precio que iba a cobrar por las localidades en aquellos teatros.

- «El «Patria» en España»: dos pesos la luna.
- «El delirio de automóvil»: dos pesos y media.
- «El bombardeo de Amberes»: ídem.

—«La isla de las cotorras»... —¡Ah! «Chato» ésta, los primeros días, lo menos tres pesos.

«Chato» era el calificativo cariñoso que le aplicaba a sus íntimos. Y pocas veces se equivocaba en sus juicios. «La isla de las cotorras», después de producir en Alhambra buenos pesos, dejó de producir en Payret al mes de su estreno, diciennueve pesos. Pocos o ningún agente teatral conocimos más co-

desde el fondo de Kreuzlingen nos anuncia que Nijinsky no ha muerto; que Terpsicore sigue so- plando en su alma de artista; que proyecta, muy pronto, reaparecer en los escenarios donde frenéticamente se le aplaudió; que no está errada la parábola maravillosa de sus piernas; que sus cabellos nevados de ahora, en pleno vuelo celestial, refulgirán lo mismo que hace veinte años, cuando el ébano de sus crenchas desordenadas anulaban voluntades, estrangulaba suspiros y atizaba pasiones al compás de las cadencias de sus danzas exquisitas...

Ojalá que no se realicen los deseos del conveciente Nijinsky. La materialización de su anhelo sólo nos mostrará un fantasma desvaído, el eco doliente de su pretérito brillante. Su ciclo está cerrado. Habrá podido derrotar a la locura, pero es impotente contra el enemigo de los años. Sin embargo, el telégrafo, cada tres meses, avisa el rumor del retorno del bailarín moscovita. ¿Será capaz de surcar el estanque del arte el ciclado de las estepas rusas?...
Enero, 1940.

tusiasta ni optimista que Ramiro. Con Esperanza Iris, con Alegría y Enhart, con Arquimides Pous, con López y Villoch, triunfaba siempre «Mosquitos», como Regino le llamaba cariñosamente. Raras coincidencias de la vida: Ramiro vino a morir en Bolivia, cerca de donde años antes había expirado su hermano Manolo, en Venezuela. Nuestró más sentido pésame a su hermano Alfonso y demás familiares. Se habló de traer a la Habana los restos de Ramiro de la Presa para rendirles un merecido homenaje; pero, a lo que parece, todo quedó en una «buena intención criolla», de las tantas de que está empedrado el cielo... del Capitolio.

Día 10.

Campoamor.—«La caza del oso» y «La dama de Chez Maxim». Este Campoamor es el antiguo teatro Albu, reedificado cuando pasó a poder del Centro Asuriano.

Día 17.

Esta noche se estrenó por la compañía de Regino López una revista que gustó mucho, titulada «El lío de la moneda». Por lo que se ve, ya desde entonces la moneda andaba en líos. En Martí se había estrenado antes por la compañía de Velasco, y también con gran éxito, «La peseta enferma». Hoy se podría escribir «El peso tuberculoso».

Día 25.

Nacional.—Función a beneficio del maestro Eduardo Sánchez de Fuentes, con la opereta original del mismo: «Después de un beso».

Día 26.

Comedia.—La preciosa obra en dos actos de don Antonio Cavestany «El idilio de los viejos», por Alejandro Garrido y Pilar Bermúdez.

Aún se escucha la dulce e insinuante voz de la Bermúdez y la sentida de Garrido, cuando declaman al final de la obra:

—Buenas tardes, Manuel.

—Buenas tardes, Dolores.

Día 29

Nacional.—Debut de la compañía de ópera en que figuraban la aplaudida soprano Tina Poli Randacio y el magnifico tenor ruso León Zinovieff, con la ópera «Aida».

Febrero 3.

Nacional.—Debut de Amelia Galli-Curci, el tenor Andreini y el baritono Valle, con la ópera «Lucia de Lammermoure».

Día 16

Nacional.—Estreno de la ópera de Mascagni «Iris».

Con dejar de comprender los méritos de esta obra, el público echo de menos la espontaneidad, sencillez y frescura de «Cavallería rusticana». Mascagni será siempre el autor de «Cavallería», no obstante «El amigo Fritz», «Isabeau», Iris; y otras óperas de mérito que escribió. Mascagni tendrá en la actualidad cerca de ochenta años, y es director del Conservatorio de Música de Roma; en cambio su «Cavallería rusticana» conserva el vigor y la frescura de la primera juventud. Es el mismo caso de Arrieta con «Marina»; de Audran, con «La mascota», y de otros maestros que deben su renombre a una obra determinada, sin la cual probablemente se habrían sepultado en el olvido.

Día 18.

Payret.—Estreno del sainete de Villoch y Ankerman «Los patos de la Florida».

Día 21.

Falleció en Madrid el gran actor Pepe Tallaví. Este actor se dedicaba con especialidad al género guignolesco, y cuéntase que cada vez que estrenaba una de aquellas obras truculentas, ricas en emociones fuertes, ponía al lado de las taquillas un anuncio con este aviso: «Se le advierte al espectador que si padece del corazón, se exima de ver esta obra, no sea que le cause mal efecto». Tallaví murió del corazón.

Día 29.

Comedia.—Estreno de la comedia en dos actos de García Alvarez y Muñoz Seca, titulada «Pastor y borrego».

Este teatro de la Comedia es el antiguo, aún no reedificado por Luis Estrada. El actor y empresario Alejandro Garrido llegó a reunir un capitalito de importancia en su explotación; la amenidad de su programa y la excelencia de su elenco, donde figuraban artistas de renombre como Pilar Bermúdez, señoras Barral y Bonora, señor Soriano Viosca y otros, atraían en gran número al público, y ello fué lo que animó la idea de reconstruir el edificio, transformándolo en el teatro «Principal de la Comedia», al que se empujó Estrada, equivocadamente; no hacerle terribles; lo que le ha ocasionado en más de una vez serios perjuicios. La tertulia es la sal y la vida de un espectáculo teatral. De ellas surgen los aplausos más estruendosos y sinceros, los comen-



Dentol

Científicamente creado según los trabajos de PASTEUR

No tema por su dentadura si Vd. usa la pasta científica DENTOL. Debemos tener en cuenta que la higiene de la boca solo se obtiene usando una preparación científica que limpie y desinfeste la totalidad de la dentadura. Con la pasta DENTOL, evitará Vd. la inflamación de las encías, alejará el peligro de las caries, blanqueará sus dientes y purificará su aliento.

Entre los accesorios de su toilette no debe nunca, faltar un tubo de pasta DENTOL



TUBO MEDIANO

20¢

TUBO GRANDE

40¢

PASTA DENTOL
A BASE DE
ANTISEPTICOS COMPUESTOS
preparado segun las formulas del Doctor PASTEUR
Casa L. FRERE, 19, Rue Jacob, PARIS
Indispensable para la Higiene de la Boca
fabricado en Habana, Cuba Apartado 2143
N. 155 FILS & C. S.A.
la Casa L. FRERE

Representantes Exclusivos
APARTADO 2143
HABANA

tarios más espontáneos el ruidoso y alegre chachareo de los entreactos, que da animación a la sala: un teatro sin tertulia será una elegante sala de espectáculo, un aristocrático salón para conciertos; pero no un teatro. Será algo así como una iglesia sin torre, es decir, sin la alegría del campanario.

Lo que pasó fué que el iluso Estrada, como otros muchos, creyó que la danza de los millones iba a ser eterna.

Marzo 10.

Payret.—Debut de la compañía de zarzuelas y revistas españolas «Velasco», dirigida por Quinto Valverde, con las obras «El Príncipe Carnaval» y «Cantos de España», por las señoras Violeta y Cipri Martín, la señorita Dolorettes y los señores Navarro, Tejada, Alberto López, Gironela, Antonio Bilbao y Ruiz Paris, y su caballo el célebre «Voltaire».

Día 18.

Payret.—Estreno de la zarzuela de Quinto Valverde «El potro salvaje».

Abril 10.

Payret.—Función en honor de Paco Meana, con un programa muy variado, en el que figuraba el gracioso sainete de los hermanos Quintero y el maestro Serrano «La mala sombra», interpretado por los periodistas Mario Victoria, Chamaco Longoria, Fernando Rivero, cronista del DIARIO DE LA MARINA; Emilio Ros, Benigno Fernández, Luis Riaño, Pepe Serrano y Pepe Argüelles.

A lo que parece, los periodistas de entonces eran gentes de buen humor. Benigno Fernández y Fernando Rivero pertenecían a una cuadrilla de aficionados toreros que daban corridas de novillos casi todos los domingos en la finca «Los Zapotes», allá por Luyanó, sosteniendo frecuentes altercados con Mr. Ryder, aquella americana de la «Protectora de Animales», que no consentía que se les hiciesen a éstos el más pequeño daño.

En este momento nos sorprende el radio con la inesperada y triste noticia de la muerte, aca-

DIAS pasados apareció en los periódicos una breve noticia que apenas ha llamado la atención del público. Decía el cable que Adolfo Hitler se había casado con su amiga predilecta, Evi Helen Braun, a quien el Fuehrer conoció en 1928 en el estudio fotográfico de Heinrich Hoffmann, donde la muchacha trabajaba como ayudante.

Evi contaba entonces 17 años de edad y el gallán Adolfo era un cuarentón de quien los estadistas del Reich de la postguerra hacían mofa porque lo consideraban loco. Algún tiempo después, cuando Hitler se hizo famoso, instaló a la atrayente Evi en una magnífica villa en los suburbios de Munich, diseñada por un arquitecto Nazi y adornada con valiosos lienzos de los grandes pintores alemanes.

Con la cámara Rolleiflex que le regaló su admirador, Evi y Adolfo pasaban bellas horas en alegre camaradería tomando fotos en las alturas de Berchtesgaden. Sobre el fondo impresionante de aquellos paisajes la pareja cultivaba un afecto que con el correr del tiempo había de unirles estrechamente.

LA NIÑA DE LOS COCTELES Y EL ACORDEON

Evi es del tipo rubio del sur de Alemania y tiene unas cuatro pulgadas de menos estatura que el Fuehrer. Durante el tiempo que Hitler estuvo en Berchtesgaden, residía en una casita mandada construir especialmente para ella cerca de la mansión de su amigo. Todo el mundo sabía que eran novios y la familia Braun comenzó a insistir en que ella debía plantearle la cuestión del matrimonio.

Pero el Fuehrer insistía siempre en que debía cumplir primero su misión histórica como creador del Reich. Evi lo acompañaba en sus viajes escoltada por la esposa de algún alto dignatario Nazi. Se la conocía muy bien de la época de las reuniones del Hotel Dreesen de Godesberg, en los tiempos en que Hitler no se abstenía de tomar licor y los cabecillas de la revolución se entusiasmaban con los cocteles americanos.

Evi Helen se hizo una experta en el arte de los cantineros. Preparaba tres fórmulas de coctel que son famosas en Alemania. Uno se llama el «Evi Helen»; otro, el «Puffy», en honor de su perro; y el tercero, «H-H» en honor del jefe de la Gestapo Heinrich Himmler. Después que hacía estas sabrosas bebidas, tocaba el acordeón y cantaba las canciones típicas de Baviera.

Ahora no toca el acordeón, sino la mandolina. Hitler no le permite beber ni preparar cocteles. Ocupa una parte del apartamento del Fuehrer en la cancillería de Berlín y se conduce como una perfecta «Hausfrau». La hija del doctor Josef Xavier Braun de Munich, procedente de la clase media alemana que sufrió los terribles rigores del bloqueo inglés en la última guerra, es la primera dama del Reich.

LENI RIEFENSTHAL, PODEROSA RIVAL

Este idilio secreto que tan espléndidamente culmina en el triunfo de Evi, revive las memorias de los supuestos amores del Fuehrer y la artista Leni Riefensthal. A Leni la conoció en Baviera, por Frau Wagner, la viuda de Sigrifido Wagner, el hijo del célebre compositor de «Lohengrin». Ella y Leni eran muy amigas y la nuera de Wagner aprove-

cida hoy, 7 de noviembre de 1939, aquí en la Habana, del que fué uno de los más destacados y aplaudidos intérpretes de nuestro teatro vernáculo, el conocido actor Arnaldo Sevilla, que, como artista y como hombre, mereció de todos las más altas consideraciones. De carácter retraído y ajeno en un todo a la «chismería comiquera», jamás se indispuso con ninguno de sus compañeros, lo que sin excepción le querían y respetaban. Cuando Agustín Rodríguez, su amigo íntimo, lo recomendó a la empresa López y Villoch, le dijo: «—Es un hombre puntual a su trabajo, que no se ocupa en el teatro más que de peinar sus pelucas, estudiar sus papeles e interpretarlos lo mejor que pueda» Y así fué en efecto. Venía de trabajar en un cuadro con Bolito—«Bolito y Sevilla»—que hacía excursiones por la isla, con buen provecho. En Alhambra debutó sobre el año 1920

¿ SE HA CASADO HITLER CON Evi Braun?



chó una de las visitas del Fuehrer a su tierruca para presentársela y conseguir ponerla bajo su protección.

Frau Wagner sabía que Hitler es hombre a quien le encanta la mentalidad femenina. Se dice que una vez estaba tan infatuado con la Princesa Reuss, hoy esposa del oficial Hanne Kempath, que jamás daba un paso sin consultar con ella. La llegada de Leni Riefenstahl a su vida, sin embargo desplazó del escenario a la Reuss.

Hitler gustaba de las aristócratas mucho en los días de sus primeros triunfos, y no era ella la única princesa que figuraba en la lista de sus favoritas. Durante largo tiempo la Princesa Cecilia de Alemania fué dueña de sus emociones, pero también resultó vencida por Leni. Estas victorias de la peligrosa muchacha de quien se dice que tiene algo de sangre hebrea tenían fuera de quicio al Mariscal Goering, jefe de la campaña antisemítica del Reich, y en cierta ocasión se dice que amenazó a la actriz con mandarla a un campo de concentración si no se marchaba del país.

LOS AMORES PINTOESCOS DE HITLER

Lo que Hitler más admiraba en Leni, aparte de su inteligencia y simpatía, eran las formidables curvas de su cuerpo. La consideraba el tipo modelo para las nórdicas. Es verdad que también consideraba la beldad perfecta a Unity Valkyrie Freeman-Mitford, la aristocrática hija del inglés Lord Redesdale que hace poco intentó suicidarse por una trágica desilusión sufrida por causas de su Fuehrer.

Cuando «Le Journal» de París publicaba antes de la presente guerra la historia de los amores secretos del Fuehrer, todo el mundo se quedó sor-

prendido. El hombre había sido clasificado como un solterón incorregible que se mantenía a respetable distancia de las damas. Luego resultó que en distintas épocas se sintió profundamente atraído hacia la hija del cuñado, Greta Paul; la hermana del chofer, Jenny Hang; Erna Hanfstaengl y la actriz Pola Negri.

prendido. El hombre había sido clasificado como un solterón incorregible que se mantenía a respetable distancia de las damas. Luego resultó que en distintas épocas se sintió profundamente atraído hacia la hija del cuñado, Greta Paul; la hermana del chofer, Jenny Hang; Erna Hanfstaengl y la actriz Pola Negri.

INFLUENCIA Y BELLEZA DE LAS DAMAS DEL HITLER

Sin ese imán no hubiese podido contar con la ayuda de mujeres como la princesa Cecilia; la princesa María Adelaida de Lippe-Detmoli; la princesa Herminia, esposa del ex Kaiser; la Condesa Made von Castell; la madre y la hermana de su buen amigo Ernst Hanfstaengl; y Frau Victoria von Dirksen, viuda del constructor del tren subterráneo de Berlín. Estas damas le dieron dinero y colaboraron con su influencia al triunfo de la causa Nazi. Lo llamaban «Unser Adolf» y «Der Schoene Adolf», que significan respectivamente «nuestro Adolfo» y «el guapo Adolfo».

Conoció a Unity Freeman-Mitford, «La Diosa Nazi» en 1934, el mismo año en que se hizo amigo de Leni Riefenstahl. La vió en una cafetería de Munich junto con su hermana Diana y mandó a invitarlas a su mesa. Desde entonces la alta sociedad alemana las agasjó a ambas como a reinas.

El Mariscal Goering dió una fiesta en su casa para homenajearlas y cuando llegó el momento de los brindis dijo: «Deseo manifestar que estimo a Frau Goering, Frau Bryan Guinness y Frau Unity Mitford las mujeres más bellas de Alemania». Diana Guinness, la hermana de Unity, según se supo en 1938, estaba casada desde 1936 con Sir

la primera misa de siete de la mañana que se da en la iglesia de Ceiba Mocha, donde se veía aquella Santa Imagen, de la que era sincero devoto. Llevaba colgada al cuello su imagen en una medallita. Ella lo habrá consolado cariñoso, en sus últimos momentos; y Dios habrá acogido en su seno el alma del que fué modelo de amigos y de caballeros. Particularmente, el autor de «La isla de las cotorras», «Un bolero en la noche» y cien obras más del repertorio alhambresco, le debía muchos aplausos. De su mano salió a escena infinitas noches a recogerlos del público. Un día tras otro se va aquella inolvidable Alhambra que fué la alegría de la Habana: Pilar Jiménez, Eloísa Trias, Blanquita Vázquez, Inés Velasco, Chelito Criolla, Pirola, Ramírez, Sobola, Castillo, Sarzo, Sevilla... (Se continuará).

Su compañera de Munich y Berchtesgaden toma posesión de la plaza que no pudieron hacer capitular las grandes beldades del Reich.

El Canciller de Alemania pasa las páginas de un álbum fotográfico en compañía de su novia Evi Helen Braun, con quien se asegura ha contraído matrimonio. Derecha, Unity Freeman Mitford, la Diosa Nazi de nacionalidad inglesa que adoraba a Hitler y recientemente intentó suicidarse según se rumora, por causa de sus amores frustrados con el Fuehrer. Evi vivió en Berchtesgaden y en Munich, cerca de su admirador, antes de ser instalada como «Hausfrau» en la residencia de Hitler en la Wilhelmstrasse de Berlín.

MINUCIAS de la HISTORIA

por RAFAEL
HELIODORO
VALLE



Palacio de Cortés en Cuernavaca (México).



Un apunte de Hernán Cortés.

Fondo de Cultura Económica, en esta metrópoli.

La falta de buenas comunicaciones privó a Cortés de una noticia de primera plana: el Istmo de Panamá había sido cruzado por Núñez de Balboa en 1513, es decir nueve años antes; pero eso no le quita la genial intuición. (Entre paréntesis: mi amigo Francisco Castillo Nájera acaba de obtener permiso para usar la condecoración «Vasco Núñez de Balboa». ¿Cuándo podrán conferírle la de «Hernán Cortés»?)

México, diciembre, 1939.

La bailarina Marion Daniels tiene un extraño parecido a tres de las mujeres amadas por Hitler: Erna Hafstaengel, hoy casada con el doctor Sauerbruch; Jenny Haug; y Geli Raubal, fallecida en trágicas circunstancias en 1931. Miss Daniels ha dicho que Hitler es un hombre como cualquiera otro, a diferencia de Unity Mitford que lo consideró siempre el tipo más impresionante y la personalidad más magnética del mundo.

Comparando a todas estas ninfas con su adorada madre, han dicho algunos psicólogos, Hitler las consideraba inferiores. Por eso nunca se había casado. Si Evi Braun ha logrado conquistarlo, habrá sido la única en obtener el triunfo completo.

mestizaje en México, el fundador de las primeras ciudades y de la jurisprudencia mexicana, el autor de célebres «Cartas de Relación», el primer ingeniero (puentes, atarazanas, planificación), el buscador del destino de México en el Pacífico, y, seguramente, uno de los animadores de dos ideas renacentistas en América: la traída de la imprenta y el establecimiento de los altos estudios.

Pero hay algo más, que interesa a los que hagan la historia de las ideas políticas de nuestro tiempo. Hernán Cortés, el fundador de la geografía, el creador de formas nuevas, envió el primer barco de comercio hasta el Perú y en 1521 a «uno de su oficialés, Diego de Ordás, para que explorase, lo que hoy llaman el río Coatzacoalcos en el istmo de Tehuantepec, porción más angosta de la actual República de México; Ordás informó que a juzgar por las dimensiones y profundidad del río, creía posible la existencia de un canal con el otro océano; en realidad no había semejante comunicación, pero el río Coatzacoalcos fué utilizado más tarde como tramo de un camino terrestre para mercancías pesadas y en más de una ocasión se la ha indicado como lugar para un canal. Transcurridos dos años, Carlos V, ordenó a Cortés que emprendiese la búsqueda de un estrecho, a lo cual se consagró el conquistador con su energía acostumbrada; equipáronse expediciones para explotar las costas orientales y occidentales de la América Central. «Como yo sea informado», escribía al Emperador, «del deseo que V. M. tiene de saber el secreto deste estrecho, y el gran servicio que en el descubrir su real corona recibiría, dejo atrás todos los otros provechos y intereses que por acá me estaban muy notorios, para seguir este otro camino.» Todo esto puede leerse, en buen español, en el libro «Comercio y Navegación entre España y las Indias en la época de los Habsburgos», por Clarence H. Harding, traducido por Emma Salinas, edición de

americanas Marian Daniels, Vivian Leigh y Miriam Verne no debe confundirse con las pasiones del Fuehrer. A este hombre le gusta el amor épico y sus damas tienen que ser figuras espectaculares en el salón.

Durante la recepción que le dieron en Berlín al Conde Ciano, el Fuehrer estaba «guapisimo». Entró llevando del brazo a Frau Annelies von Ribbentrop. Lucía sobre el pecho la Cruz de Hierro de Primera Clase y en la corbata el afiler del Aguila. En la primera fila de sillas se sentó con Frau Annelies a la derecha y la hermosa actriz Olga Tschschowa a la izquierda. La Tschschowa y la esposa del caudillo nazi Robert Ley son dos de las rubias más hermosas del Reich.

En Cuernavaca—donde gusta olvidar los ruidos tranviarios—Mr. G. R. G. Conway suscribe el prólogo de «The last will and testament of Hernando Cortés, Marqués del Valle», para dar a conocer el facsímil y la versión paleográfica (que a ruego y encargo suyo le hiciera don Francisco Fernández del Castillo), a más de la traducción inglesa del testamento original, que el conquistador firmó en Sevilla a los once días de octubre de 1547.

Al extraordinario documento notarial, que el R. P. Mariano Cuevas, S. J., encontró en el Archivo de Protocolos de Sevilla en enero de 1927, va unido el códice y la auténtica, y en los apéndices figuran las eruditas notas y noticias con que Mr. Conway ha querido esmaltar los documentos, así como la genealogía que comienza en el Marqués del Valle de Oaxaca y sigue hasta hoy en el Duque de Terranova, don José Pignatelli, cuyo hijo, el Príncipe Antonio, es el presunto heredero del título

Por vez primera se da a conocer al mundo que estaba el texto correcto en español, si bien antes de ahora, en 1930, el P. Cuevas había hecho la edición facsímil del testamento, gracias a la generosidad pecuniaria de Mr. Conway. Ha querido este rendir nuevo homenaje al descubridor de tan singular joya histórica, no sólo por sus triunfos en la investigación sino también por la bondadosa atención que, para preparar esta edición, le ha dispensado. Hay, pues, motivos más que resonantes para que se hallen de plácemes los que gustan beber en fuentes primiciales la erudición y vuelven el nombre de don Hernando a estremecer montes y mares, desde Cuernavaca en donde hizo florecer muchas realidades, hasta los mares que sólo pudo explorar con los navíos de sus sueños.

Este libro es de edición privada, constando ésta de 250 ejemplares numerados, unos en papel Ingres italiano hecho a mano y otros en Warren «old style». Y consta en el colofón, con palabras sencillas, que la edición se ha realizado en el año en que se cumple el cuarto centenario de haberse establecido en la Ciudad de México la primera imprenta que hubo en el Nuevo Mundo.

En el prefacio de este libro Mr. Conway ha escrito uno de los más conspicuos elogios de Cortés: «Fué el iniciador de la civilización europea en la Nueva España: introdujo las artes naval y minera, y los procesos metalúrgicos para refinar oro y plata y el vehículo con ruedas. Estableció la industria azucarera y estimuló los métodos más nuevos en agricultura, y merece también se le reconozca entre los primeros que columbraron la política agraria del México moderno. Gracias a sus profundas convicciones religiosas y a su celo ejerció influencia en los frailes franciscanos para hacer el desarrollo de una arquitectura colonial que, aun en su forma primitiva, no desmereció del gran arte español. Cortés, también, fué el fundador de instituciones de beneficencia y del sistema democrático del gobierno municipal en México.»

Faltó decir que Cortés fué el fundador del Oswald Mosley, el jefe del movimiento fascista inglés.

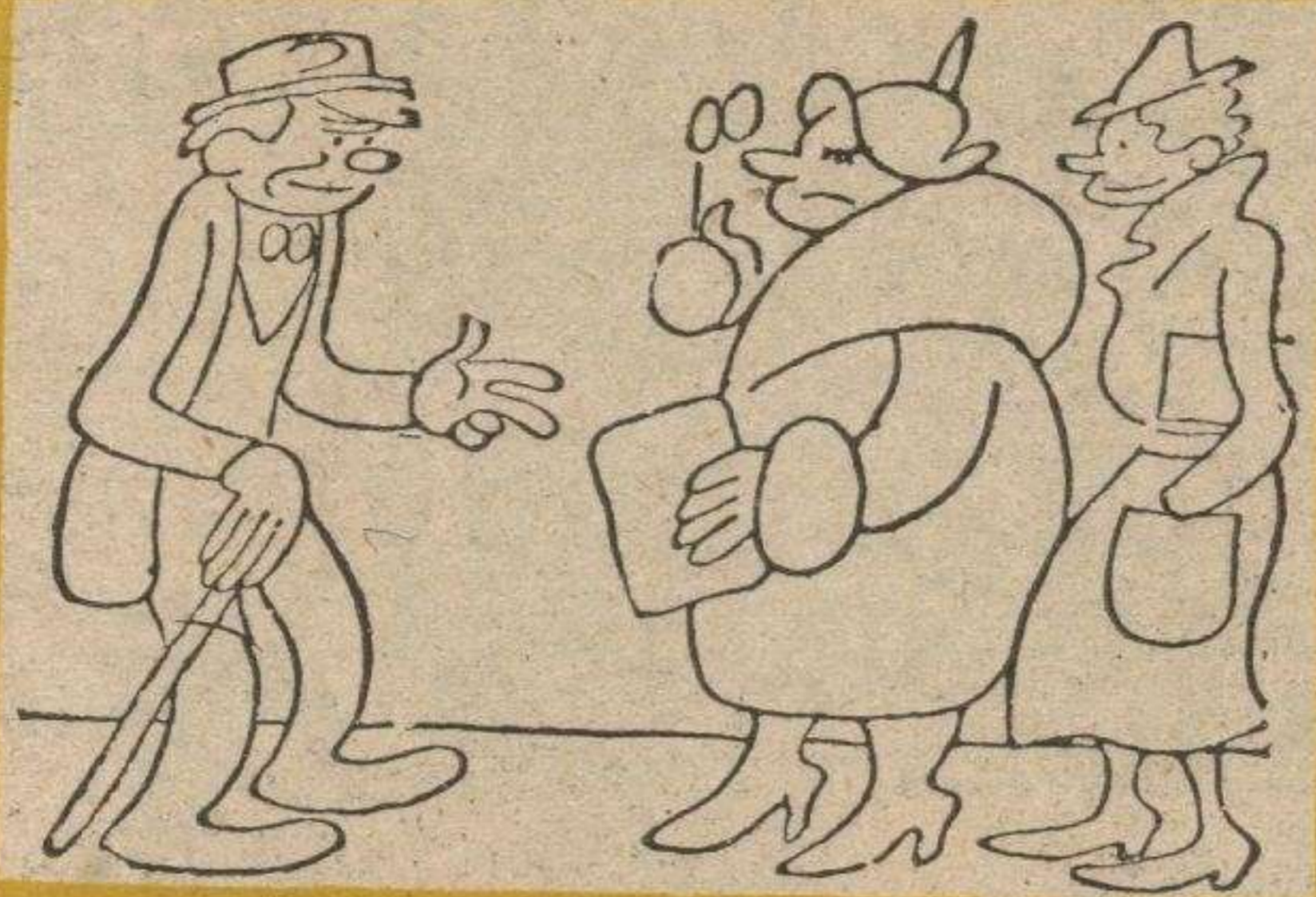
El rumor de los amores de Hitler con Pola Negri llegó a preocupar tanto a la Riefenstahl que en mayo de 1937 amenazó renunciar la dirección de la industria cinematográfica alemana y recluírse en un convento en el extranjero. Ambas mujeres, Pola y Leni, parecieron haber sido reemplazadas en los sentimientos de Hitler por la princesa María, hija del rey de Italia, aunque otros rumores afirmaban que el idilio de boga entonces, bastante efímero, era el de Emmy Sonnemann, hoy esposa del Mariscal Goering.

HITLER, HOMBRE DE SALÓN

La admiración revelada por las bailarinas norte-

LA VUELTA AL

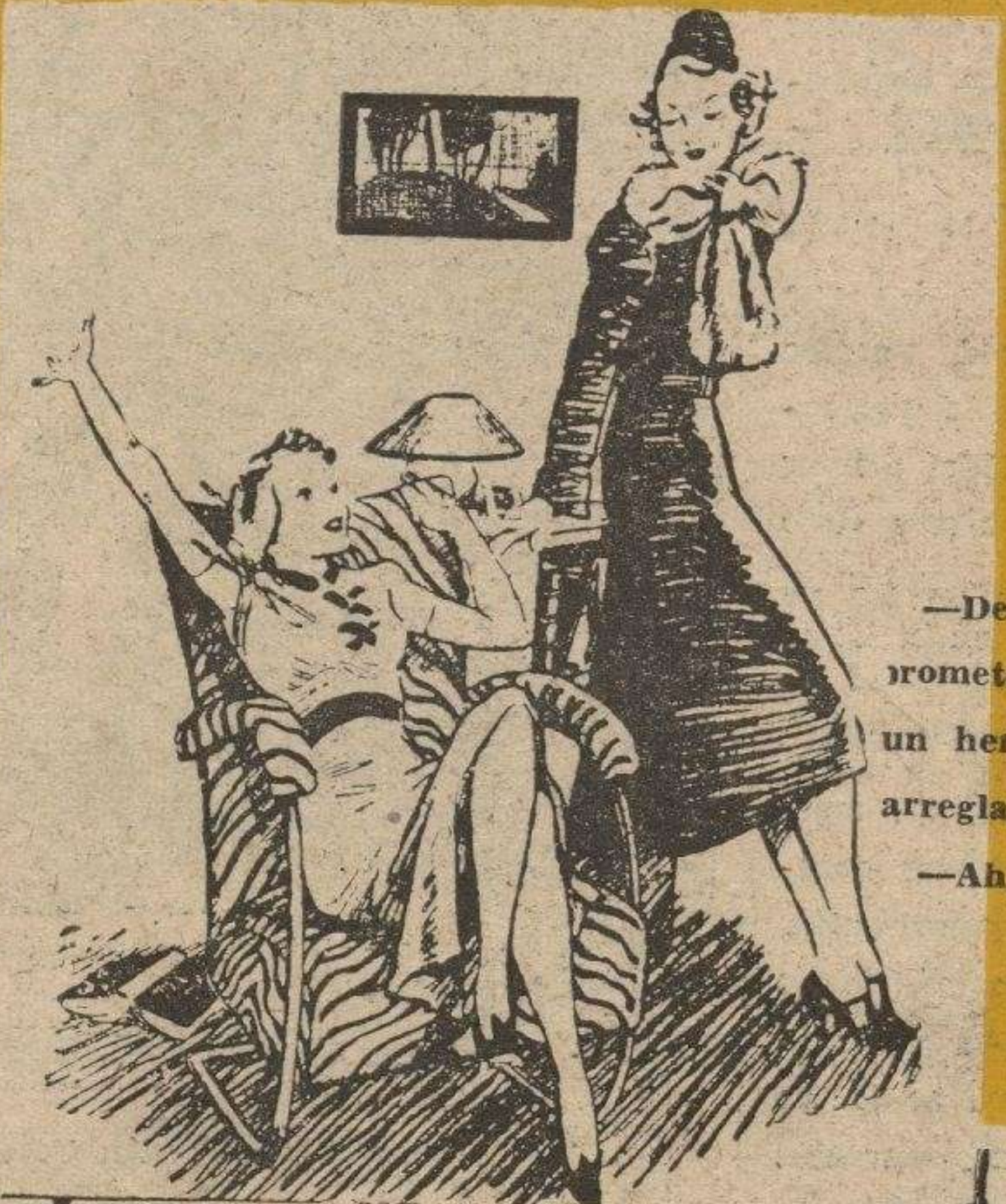
MUNDO del BUEN HUMOR



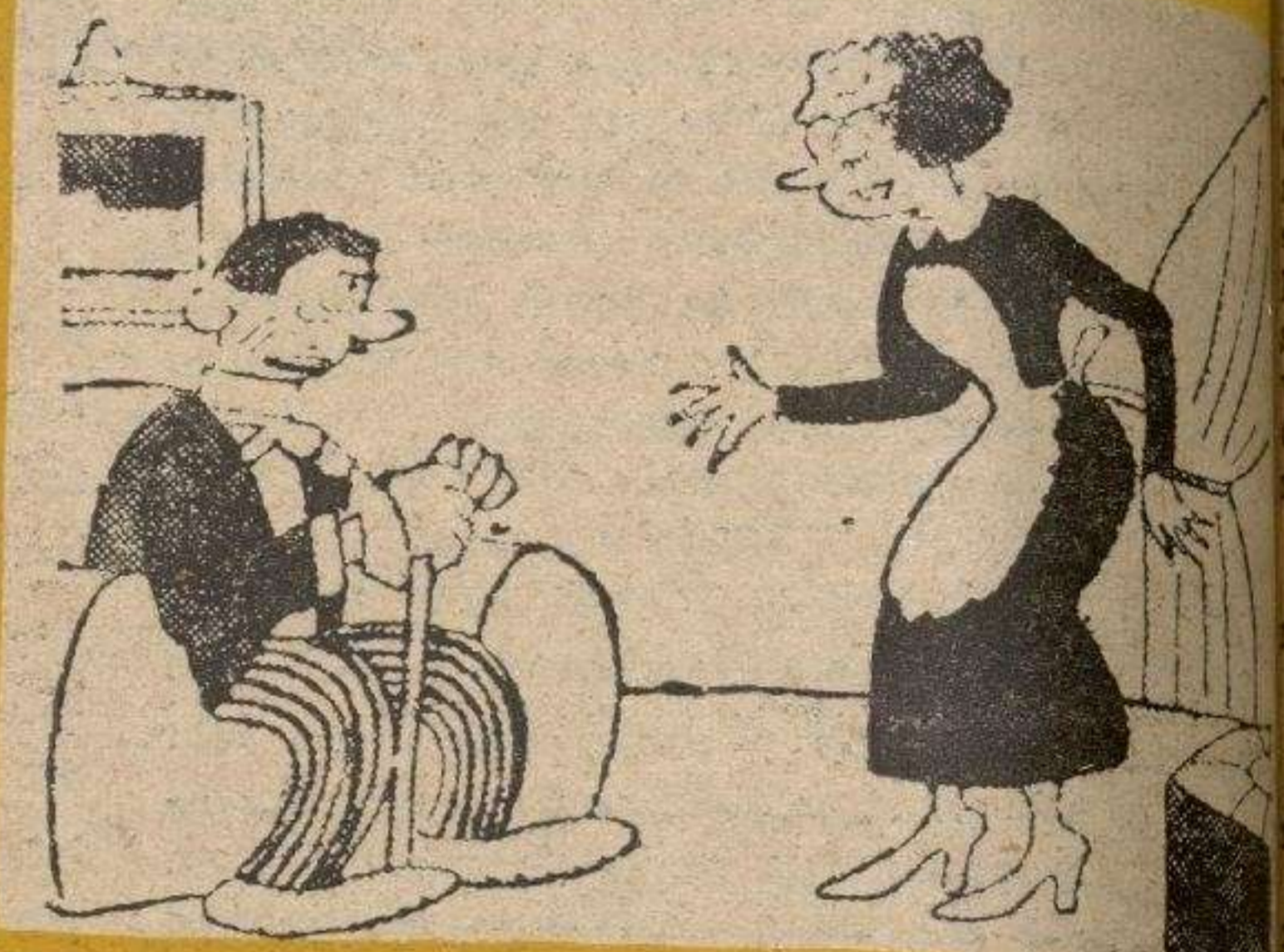
ASI ERA FACIL
 —¿Cómo es que usted no viene nunca a los conciertos que damos en casa, y su hermano no falta nunca?
 —Tampoco yo faltaría si fuera sordo como él.



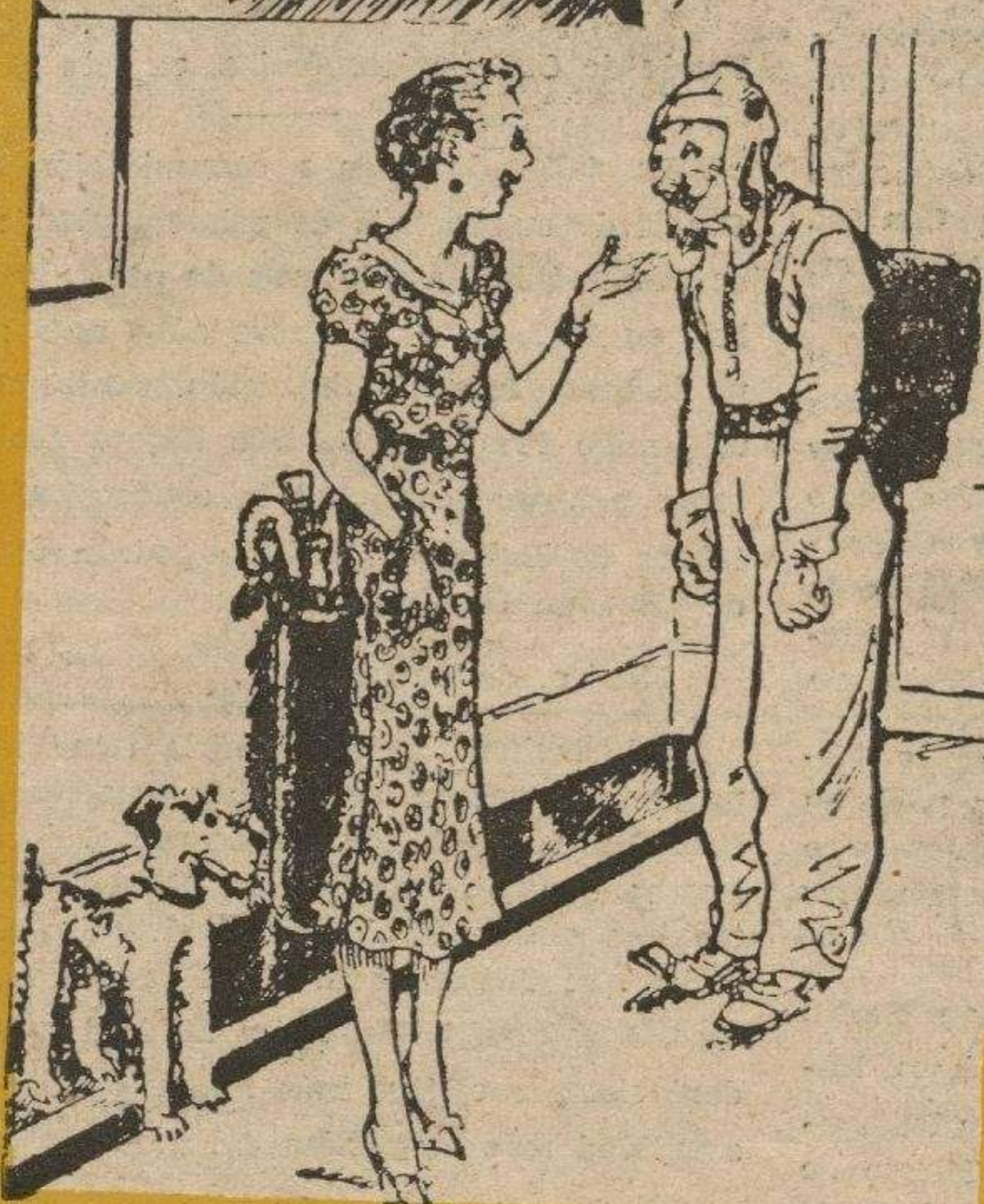
SUSPICAZ
 —¿Dónde estuviste?
 —¡Es mentira! ¿Qué dijo?



—Debe ser molesto eso de comprometerse con un hombre que tiene un hermano mellizo. ¿Cómo te las arreglas para distinguirlos?
 —Ah, eso es cosa de ellos.



ATENDIDO
 La criada.—Dice la señorita que ella tiene que hacer para recibirle, pero si quiere me la fecha en que usted se declaró, ella comunicará su asunto más tarde y le comunicará por la su resolución.



CON PARACAIDAS
 —¿Y te vienes así equipado para pedir mi mano a mi padre?
 —Nunca se sabe lo que puede pasar...; y ustedes viven en el séptimo piso...



EL PROFESOR DISTRAIDO
 —Matilde, esto no puede seguir así. Usted se mueve con extremada lentitud, por lo que no podré tenerla más a mi servicio.
 —¿Pero, Alfredo, olvidas que te has casado conmigo hace quince días!



INTERPRETACION
 —anda con cuidado, Ernesto, que la cólera podría llevarme muy lejos.
 —¿Hum! Si por una vez dijeras la verdad...